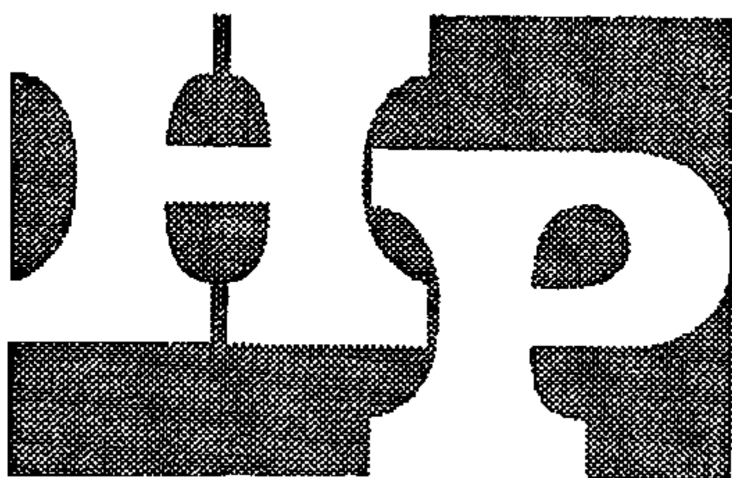


Silver Kane

LA SANGRE DE LOS VALIENTES





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

LA SANGRE DE LOS VALIENTES

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 181
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Depósito Legal B 17861-1973

Impreso en España - Printd in Spain

2.º edición: mayo, 1973

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre se puso en pie y dijo:

—Judith Lauren, está usted libre.

La mujer se estremeció. Cerró los ojos un momento.

Al abrirlos vio de nuevo aquella habitación en la que tal vez no volvería a entrar nunca más. Vio de nuevo las dos grandes ventanas enrejadas que proyectaban luz sobre la mesa. Docenas de expedientes estaban apilados a ambos lado de ésta, y sus papeles amarillentos causaban una sensación de tristeza que llegaba como la punta de un cuchillo hasta lo más profundo del alma.

—¿En qué piensa usted, Judith? —El hombre dio vuelta a la mesa y se acercó a ella, solícito.

Había cambiado mucho desde que le conoció, tres años antes, y a veces Judith pensaba que no era el mismo que con tanta indiferencia le recibiera al principio. Pero esto quizá se debía a que ya se había acostumbrado a él. Trató de sonreír y de mirarle a los ojos.

—Estoy asustada ante la vida, señor Klem. Me produce un miedo horrible pensar en lo que me aguarda fuera de aquí.

El hombre tomó asiento junto a ella, en el sillón contiguo y la miró largamente. Mientras la examinaba, los dedos de su mano derecha, acariciaban inconscientemente su espesa barba negra. Robert E. Klem, director de la más importante prisión de Nevada, considerado uno de los mejores especialistas en materia de sistemas penitenciarios femeninos, había visto muchas mujeres delincuentes a lo largo de su vida y se preciaba de conocerlas bien. Ésta, Judith Lauren, le producía, en cambio, una especie de perplejidad. Judith Lauren era para él un misterio. Por su extrema juventud, por su belleza, por el candor de sus ojos, parecía incapaz de haber

cometido el monstruoso delito por el que había sido condenada. Los movimientos de sus manos, sin embargo, delataban en ella a una mujer nerviosa y capaz de sufrir las más desesperadas crisis. Pero de un modo u otro —pensó Robert E. Klem—, ya no tendría que preocuparse más de ella. Condenada a quince años, había sido beneficiada por los indultos concedidos después de la guerra civil y, a causa además de su conducta ejemplar, iba a ser puesta en libertad ahora. Una libertad que tal vez le serviría para hundirla en los peores abismos, porque… ¿Qué iba a ser de una mujer joven y hermosa como ella en las diabólicas ciudades de Nevada?

—Tengo miedo de salir de aquí… —susurró Judith, entrelazando los dedos con nerviosos movimientos, como si se sintiese acometida por una especie de desesperación.

—Cualquiera diría que no desea usted su libertad —sonrió Robert E. Klem.

Judith miró hacia las dos ventanas enrejadas y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Deseo la libertad como ninguna otra cosa en la vida —dijo suavemente, con un hilo de voz, igual que si rezara—. Hace tres años entré para jurar que era inocente. Durante tres años no he visto más que ventanas enrejadas y pasillos con puertas que se cerraban herméticamente… Rostros de guardianes y la horca en el patio los días de ejecución… No, no estaría ni un día más aunque me ofrecieran una fortuna. Pero a pesar de eso tengo miedo. Dígame: ¿Ha cambiado mucho Nevada después de la guerra civil?

—Mucho. Antes era ya un Estado peligroso, pero desde que se firmó la paz, toda clase de aventureros y gentes de la peor estofa han ido llegando continuamente a esta tierra.

—Entonces, ¿qué va a ser de mí?

Robert E. Klem extrajo de uno de los bolsillos de su levita dos sobres que llevaba doblados cuidadosamente.

—He pensado en eso, Judith. Naturalmente, nadie puede garantizar nada, porque esta tierra está maldita. Además, no conozco a mucha gente aquí porque como sabe, vivo recluido en mis habitaciones a causa de mi poca salud. Pero, por si desea encontrar trabajo honrado, aquí tiene dos cartas.

Judith Lauren se inclinó un poco hacia él, vivamente interesada, con los ojos todavía anegados en lágrimas.

—¡Claro que quiero obtener trabajo honrado, señor Klem! ¡Naturalmente que quiero!

—En su ficha personal declaró que su profesión era pianista. ¿No nos mintió?

—Dije la verdad. Quizá, en sentido estricto, el piano no haya sido nunca una verdadera profesión para mí, pero conozco todos sus secretos.

Robert E. Klem tendió una de las dos cartas.

—En tal caso vaya primero a esta dirección. Es la de un antiguo amigo mío llamado Brandon. Tiene en Carson City un local donde se organizan sesiones de variedades selectas, y puede darse el caso de que necesite los servicios de una mujer como usted. Si es así, no le hará preguntas y le ofrecerá un trabajo honrado y que permitirá a usted ir recobrando poco a poco la sensación de su propia dignidad.

Judith apretó nerviosamente las manos del director de la prisión.

—¡Oh, gracias, gracias…!

—No he terminado aún —advirtió el hombre, calmosamente—. Hace tiempo que no veo a Brandon, de modo que su negocio puede haberse ido al agua o, sencillamente, no necesitar los servicios de nadie. Pero si alguna de estas circunstancias se produjera, aquí tiene usted una segunda carta. Pero, sobre todo, vaya a ver a Brandon primero, y no emplee esta misiva que ahora le entrego sino en caso de verdadera necesidad. El hombre a quien va dirigida le dará trabajo sin ningún género de dudas, pero tiene un carácter difícil y lleva una vida peligrosa, de modo que sólo le conviene a usted de una forma relativa.

Judith cerró otra vez los ojos, tratando de contener sus lágrimas.

—Puedo ser yo la que no convenga a él, señor. No seré más que una mujer salida de presidio.

—El destinatario de esta segunda carta no le preguntará por qué estuvo aquí. No herirá su sensibilidad en este sentido, aunque en otros aspectos es posible que la trate brutalmente. Por eso le aconsejo que no se dirija a él sino como último recurso.

Entregadas las dos cartas, se puso en pie. Su corpulenta humanidad pareció aplastar con su presencia a la acongojada muchacha.

—Está bien, Judith Lauren. No debemos hablar más. Sólo deseo

que la libertad le sirva para emprender una nueva vida bajo la protección de Dios debe rezarle sin desfallecer, permita que le ofrezca esta pequeña suma a fin de que no muera de hambre antes de obtener trabajo. Son sólo veinticinco dólares.

Ella le miró vivamente.

—Demasiado ha hecho por mí. ¡Yo no puedo aceptar eso!

—¿Por qué no? —Robert E. Klem sonreía con cierta tristeza—. Suelo entregar una cantidad así a todas las reclusas que salen en libertad, y usted no va a ser una excepción. Además, en cuanto al hecho material de desprenderme de esa suma, más vale no hablar de ello. Soy enormemente rico, y veinticinco dólares representan para mí lo que un pequeño granito de maíz para un inmenso granero. Acéptelo, se lo ruego.

Judith Lauren, con mano temblorosa, tomó aquellos veinticinco dólares. Le dio una inmensa vergüenza arrugarlos entre sus dedos, pues no se le ocultaba que eran una limosna. Pero, después de lo que había sucedido, ¿qué importaba una vergüenza más?

—Procure no gastarlo alegremente —le aconsejó Klem—. Guárdelos por si todo falla. Y ahora adiós.

Su fuerte y velluda diestra estrechó la mano de la muchacha. Era la primera vez que alguien la saludaba de esta manera en tres años. Judith se mordió los labios, cerró los ojos para que no se advirtieran sus lágrimas y salió corriendo del despacho. La puerta estaba abierta y Robert E. Klem se la quedó mirando mientras su grácil figura se perdía a lo largo del pasillo que conducía al exterior.

—Puede que esa mujer sea una verdadera dama —dijo para sí, acariciándose la barba—. Puede que la condena fuera justa y que incluso haya merecido la muerte. Pero, si no es así, ¿qué va a hacer ahora en esta tierra donde sólo impera la ley del revólver y en la que, a cada minuto que pasa, llega un nuevo pistolero? Se sentó de nuevo ante su mesa y trató de no pensar más en aquel asunto. Pero la imagen de Judith Lauren le obsesionaba, y una hora después seguía mirando con los ojos entornados hacia el pasillo, por el cual había desaparecido la muchacha.

* * *

Judith iba mal vestida. La primera persona que se lo dijo fue un hombre que mascaba tabaco, con las espaldas apoyadas en la

columna de un porche.

—Oye, nena, ¿es que te has escapado de un museo?

Judith apretó el paso, y mientras lo hacía contempló sus zapatos y su vestido, ya completamente pasados de moda, pues los gustos habían evolucionado mucho en tres años y la guerra parecía haberlo transformado todo. Ahora las mujeres eran mucho más elegantes que cuando ella ingresó en prisión en prisión, y todas la miraban con un mohín claramente despectivo y burlón al cruzarse con ella.

Pero, afortunadamente, la mirada de las mujeres se detenía en su vestido.

La de los hombres —lo notó enseguida— trataba de ir mucho más allá. Todos adivinaban que bajo aquellas ropas pasadas de moda latía un cuerpo joven, ágil y tentador, y todos envolvían con miradas vidriosas los movimientos de la muchacha. Ésta se mordía los labios, desesperada, pensando que necesitaba resolver su situación, hallar un cobijo aquella misma noche.

Carson City era pródiga en teatrillo, saloons y pequeños garitos, donde se jugaba y donde brotaban continuamente las llamas anaranjadas de los revólveres. Judith vio caer a dos hombres en plena calle, con los corazones atravesados, y algunos borrachos intentaron ceñirla por la cintura y besarla en la boca. Sentía ya una sorda angustia en el pecho cuando llegó a la dirección que indicaba la primera de las cartas.

Esa dirección era la de un teatro de variedades llamado Eva. Pero Robert E. Klem había dicho que lo que se representaba allí eran variedades selectas. Y si lo que Judith veía anunciado era «selecto», los gustos habían variado mucho en tres años o el director de la prisión era un redomado cínico.

Grandes carteles adornaban la fachada principal y las laterales del teatro, y en los carteles había reproducidas varias mujeres con menos ropa que la que lleva un recién nacido. Los títulos de las canciones que se anunciaban eran también más que desenfadados y, en fin, los tipos que entraban allí constituían todo un poema. Judith, una mujer que podía considerarse experimentada y a prueba de emociones, porque había vivido tres años en prisión, se asustó al verlos.

Pero allí, de todos modos, estaba el empleo que le había

facilitado Klem, y ella no podía volverle la espalda so pena de morirse de hambre en cuanto se acabaran los veinticinco dólares, que eran una suma ridícula para una ciudad tan próspera como Carson City. De modo que echó la cabeza hacia atrás, trató de armarse de valor y entró por la puerta de artistas del teatro.

Un empleado guiñó cómicamente los ojos al verla.

—¿Míster Brandon? —preguntó Judith.

—Está en su despacho, pero no podrá recibirla ahora…

—Tengo una carta para él. Le quedaré muy agradecida si se la entrega.

—Tú no tienes que agradecerme nada, guapa.

Se fue con la carta y volvió al cabo de cinco minutos.

—Puedes entrar.

Judith atravesó una gran sala donde varias mujeres jóvenes se estaban cambiando de ropa, luego un pasillo y al fin penetró en un despacho amueblado con mueble color nogal claro y adornado con alfombras y tapices de gran suntuosidad. Un hombre estaba sentado había calculado ya exactamente todas las medidas de su cuerpo. Dio un paso hacia atrás, confusa.

—Me temo que haya habido una confusión —susurró—. Usted no puede ser míster Brandon…

—¿Por qué no puedo serlo? —sonrió el hombre—. ¿Tengo acaso cara de llamarme Brown o Smith?

—Es usted demasiado joven…

El que estaba tras la mesa se levantó, dando con la carta de canto en la palma de su diestra. Una sonrisa auténticamente cínica, de hombre acostumbrado a todo, aleteaba en sus labios. Se acercó a Judith hasta casi rozarla, y luego retrocedió unos pasos para mirarla mejor, cosa que hizo examinando con atención desde la punta de sus zapatos hasta sus cabellos. El examen pareció no sólo satisfacerle, sino incluso asombrarle un poco. Aquella mujer, a pesar de sus vestidos, era de lo más radiante y extraordinario que había visto en su vida.

—Tú eres muy hermosa… —susurró—. ¿Es cierto que buscas trabajo?

—Primero dígame quién es usted.

—Me llamo Brandon. Pero la carta que me han entregado no iba en realidad dirigida a mí, sino a mi padre, que falleció hace un año.

¡Ese vejestorio de Klem, siempre apegado a sus antiguas amistades! Dice en la carta que te demos trabajo en cualquier número de nuestras selectas variedades. Asegura que tocas el piano bien.

Judith se mordió los labios.

—Debo decir a usted que las variedades que se ofrecen al público en este teatro no me han parecido muy selectas, señor Brandon.

El joven no se ofendió ante aquella réplica. Más bien pareció divertirle el que la muchacha le hablara con aquella mezcla de desparpajo e ingenuidad.

—Lo de «selecto» murió con mi padre. El muy incauto creía que a la gentuza de Carson City se la puede divertir ofreciéndole bailes pasados de moda y ridículos conciertos de arpa. ¡Así marchaba el negocio, haciendo aguas por todas partes! En cambio ahora el teatro está lleno todas las noches. Bueno, ¿qué sabes hacer?

—Tocar el piano; en la carta lo dice.

—Y mover bien las piernas, supongo.

Judith se mordió los labios otra vez.

—Nunca he sabido bailar. Y ahora vengo de presidio, aunque supiese lo habría olvidado.

El joven Brandon hizo con las manos un ademán de impaciencia.

—No se puede trabajar en Eva si no se tienen unas bonitas piernas. De modo que… ¡a verlas!

Judith, cerrando los ojos, se levantó un poco la falda. Justo hasta las rodillas. Pero la voz del hombre exigió, imperativa:

—¡Más! ¡Más! ¡Eso no es nada! ¡A cualquier cosa llamas tú enseñar las piernas!

En ese momento se abrió la puerta.

La había empujado desde fuera alguien que no parecía tener mucho interés en ser anunciado.

Judith y Brandon se volvieron a la vez para mirarlo con sorpresa la primera y con furia el segundo. El recién venido era un tipo que tendría tan sólo unos veinticuatro años, pero que por la expresión de sus ojos y la mueca aburrida de sus labios parecía haber vivido una eternidad. Era alto, más alto que Brandon. Ancho de espaldas y de pecho, con músculos largos y suaves como los de un felino. Sus cabellos eran negros, y su piel morena. Vestía como un caballero, aunque sin chistera, y llevaba bajo la levita un solo revólver.

Parecía como si lo que acabara de ver en la habitación le tuviera sin cuidado, porque lanzó algo así como un suspiro de aburrimiento al cerrar la puerta tras él.

—¿Trabajando, Brandon?

—¿Qué es lo que pretende, Slim? —rugió el interpelado—. ¿Que le consideremos un fantasma? ¿Cómo ha llegado hasta aquí y qué diablos anda buscando?

El recién venido apoyó las manos en las solapas de su bien planchada levita.

—No me importa la categoría de los espectáculos del Eva, Brandon, ni vigilarlos es cuestión de mi incumbencia. Pero en los sótanos del teatro, bajo la apariencia de un honrado bar, hay un garito donde cada noche se despluma a los incautos y se asesina a los que, por casualidad, han logrado ganar. Le advertí, Brandon, que lo cerraría, y pienso cumplir mi amenaza. He venido a darle un último plazo. Cierre mañana o tendré que intervenir por la fuerza.

Judith creyó que un hombre que hablaba de tal modo debía ser el *sheriff*, pero no vio que el desconocido llevase la estrella. En cuanto a Brandon, recobró inmediatamente la serenidad, al darse cuenta de que estaba en su terreno y de que aquel hombre no saldría vivo de allí si él lo deseaba.

—¿Con qué fuerza? ¡Está solo en la ciudad, demasiado bien lo sabe!

—Podemos jugar a ver quién tiene razón —sonrió el desconocido—. Usted dispone de muchos hombres y yo estoy solo. ¡Vamos, trate de oponerse a mis órdenes por la fuerza! ¡Me agradará ver quién cae primero, Brandon!

Un hombre apareció en aquel momento a espaldas del desconocido. Era el mismo empleado con quien poco antes hablara Judith, y se adivinaba por su aspecto que acababa de recibir otros cuantos golpes. Sin duda el desconocido lo había quitado de en medio a puñetazos para abrirse paso hasta la habitación. Ahora, bebiendo recobrado el conocimiento, abría la puerta silenciosamente a espaldas del intruso. En sus manos sostenía una pesada barra del escenario, donde ya debían encontrarse todas las artistas a quienes poco antes viera Judith cambiarse de ropa.

La barra de metal se levantó. Judith distendió los labios.

—¡Cuidado…!

El desconocido se arrojó al suelo, y la barra silbó a una pulgada de su cabeza. Brandon lanzó una maldición y volteó su revólver, amartillándolo a continuación, mientras gritaba:

—¡Mátalo, Hunt!

El de la barra de metal la levantó otra vez, dispuesto a asestar al caído un golpe decisivo, pero de repente quedó paralizado y sus labios se deformaron en una horrible mueca. Slim había disparado su revólver a través de la funda, y aunque no tiró a matar, su bala trituró una de las clavículas de Hunt. Éste no pudo terminar su movimiento y dejó caer la barra al suelo, retorciéndose de dolor.

Brandon, entretanto, había disparado también, creyendo que lo hacía sobre seguro. Pero no contaba con la increíble agilidad de Slim, con aquella capacidad de flexión que le asemejaba a una pantera joven. La bala rebotó en una baldosa, donde segundos antes estaba la cintura de su enemigo. Fue a disparar otra vez, y en ese momento el revólver saltó de entre sus dedos como si estuviera dotado de voluntad propia. El disparo de Slim fue tan certero que si un solo rasguño alteró la uniformidad de la piel de Brandon.

—¿Son así todos los hombres que tiene, Brandon? —preguntó Slim, poniéndose en pie de un salto—. En tal caso, le aconsejo que renueve su tropa si es que pretende no ser arrojado todavía de Carson City.

Con un aullido de rabia, Brandon se lanzó hacia delante y trató de golpear con ambos puños a Slim, pero éste esquivó la acometida con una finta de cintura y lanzó a su enemigo contra la pared de un impresionante «jab» de izquierda. Brandon se tambaleó, después del salvaje golpe, pero volvió a la carga con los dientes apretados. Mientras le veía venir, Slim, que ni siquiera había desenfundado el revólver, preparó los puños y conectó casi simultáneamente, con una fantástica precisión, el izquierdo al estómago y el derecho a la mandíbula. Cuando Brandon aún estaba en el aire le lanzó otro «jab», éste de derecha. Y Brandon cayó arrugado en un rincón de la pieza, deshecho, sin ánimo para continuar aquella pelea que podía costarle la vida.

Slim se volvió ligeramente y contempló a la muchacha.

—Lárgate tú primero, antes de que vengan más hombres.

—Pero… —Intentó protestó.

—Ahórrate saliva. Esto va a resultar demasiado divertido si

suben los granujas que Brandon tiene en el sótano.

Judith, sin saber exactamente lo que hacía, dominada tan sólo por la desesperación y por un ciego terror, echó a correr hacia la puerta. Nadie intentó detenerla cuando cruzó las vastas estancias que ahora estaban abiertas. Salió a la calle y, jadeando, sin atreverse a mirar hacia atrás, echó a correr en dirección a un edificio cuyos rótulos en grandes letras encarnadas pregonaba: «Hotel. Todo confort. Un baño en cada piso».

Encargó una habitación independiente, para lo que tuvo que abonar cinco dólares, y se tendió en el lecho con los ojos cerrados, sin querer pensar en lo que había sucedido. Así, sin dormir apenas, la sorprendió el día siguiente.

Judith se aseó y salió muy temprano a la calle con la segunda carta en la mano, la que sólo debía emplear como último recurso. Iba dirigida al «Señor delegado especial del Gobierno en Carson City».

No le fue difícil averiguar que el «delegado» tenía su despacho en el Juzgado. Fue allá y se hizo anunciar, entregando a su ordenanza la carta. Éste pasó a una habitación contigua, y al cabo de un par de minutos volvió a aparecer.

—Pase —dijo, manteniendo libre la entrada.

Judith pasó. Dentro del despacho, sentado tras una mesa, había un hombre.

Un hombre joven, alto, moreno, de anchas espaldas y ojos grises que taladraban al mirar.

Slim, el mismo a quien conociera la noche anterior en el despacho de Brandon.

CAPÍTULO II

El hombre debía recordarla, pues se habían conocido tan sólo unas horas antes y en circunstancias difíciles de olvidar, pero hizo como si fuera la primera vez que la viese en su vida. En realidad, dio a Judith la sensación de que le era tan indiferente como una mosca que hubiese entrado en su despacho. El hombre se levantó cortésmente y le indicó una silla colocada frente a la mesa, pero no sonrió, ni en sus ojos grises hubo el menor brillo.

—He leído su carta. Tenga la bondad de sentarse.

Judith lo hizo, temblorosa.

—¿Qué es lo que no podía usted suponer?

—Que al entrar aquí fuera a encontrar al mismo hombre que anoche escarmentó a Brandon. Creía que no volvería a verle nunca más, señor.

Él jugueteaba con la carta entre sus dedos.

—No sé de qué me está hablando. O, mejor dicho, no me importa en absoluto lo que usted pueda creer. Y le aconsejo que trate de olvidar lo de anoche y no darle importancia, porque en Carson City escenas como la que presenció se repiten con mucha frecuencia.

Judith, un poco perpleja, desvió la mirada. Había algo en el hombre que la intranquilizaba, que incluso le daba miedo. Su mirada y su seca sonrisa no eran las de un ser humano.

—Vayamos a lo que importa —dijo Slim—. El honorable Robert E. Klem me envía una carta pidiendo que la ayude y le dé un empleo. ¿Hizo antes lo mismo con Brandon?

—Sí, pero la carta iba dirigida a su padre, el cual falleció hace un año. Sin duda Robert E. Klem no lo sabía, a causa de la vida retirada que lleva. Supongo, además, que ese indeseable de Brandon

no se preocupó de anunciar a nadie la muerte de su padre.

—Llama usted indeseable a Brandon y acaba de salir de presidio —objetó secamente Slim—. Tiene gracia.

La frase llegó como una certera puñalada hasta lo más profundo del corazón de Judith, que sintió un estremecimiento.

—¿Cómo quiere que tenga confianza en usted? —preguntó Slim levantándose bruscamente—. ¿Qué puedo pensar de una mujer que acaba de salir de presidio? Esta situación no me agrada; no me agrada en absoluto. Y lamento que en esta ocasión el honorable Robert E. Klem se haya acordado de mí.

Judith se mordió los labios. No lo hizo con rebeldía, sino con un abatimiento total. Sentía frío en su corazón, en sus manos, en su sangre, toda. Sentía en aquel momento como un consolador y a la vez amargo deseo de morir.

—Robert E. Klem es un buen hombre —arguyó débilmente—. Y ahora me doy cuenta de que usted no es su amigo.

—¡No lo soy! —afirmó tajante Slim—. ¡Y francamente no me explico por qué diablos le ha dado esta carta!

—Me dijo que la empleara como último recurso. Siento haberle molestado, señor. Perdóneme.

Judith se puso en pie y, abatida, dio unos pasos en dirección a la puerta. Pero de repente la voz del hombre ordenó:

—¡Vuelva aquí!

Era imposible desobedecer aquella voz. Judith advirtió en contra de su voluntad que en aquel hombre había algo que la dominaba y la hería al mismo tiempo, y se sintió débil y vencida ante él, como si no fuese más que un pajarillo en la manada de un gigante. Dócilmente volvió atrás y se sentó de nuevo en la silla.

—No hemos hablado todavía —advirtió Slim—. Le he hecho saber que me fastidia una mujer recién salida de presidio, pero no le he echado de aquí. ¿Comprendido?

Judith le miró, y hubo en sus ojos un último brillo de rebeldía. Pero a partir de aquel momento se sintió tan vencida y humillada que ya no osó levantar más la mirada. Las palabras del hombre despiadadas y secas, restallaban en sus oídos igual que latigazos.

—A pesar de lo que el honorable Robert E. Klem diga en su carta, no logrará usted convencerme de que eso que hay en sus ojos es candor, ni de que sus manos son puras. Seguro que con usted se

cometió una injusticia al condenarla. Seguro que es inocente, ¿no? ¡Dígalo de una vez!

—Soy inocente —susurró Judith, casi sin voz.

—Lo imaginaba. Lo increíble hubiese sido que dijera lo contrario. Pero en lo que a mí respecta es inútil que emplee usted mentiras. Por el contrario, admiro la dignidad de los que reconocen francamente ser culpables. No puede haber arrepentimiento después de un pecado si uno no empieza por confesarlo.

Judith hizo un ademán de ir a levantarse otra vez, pero no con rebeldía, sino con expresión de desaliento. Sus manos acariciaban suavemente los pliegues de su falda pasado de moda y su barbilla rozó el cuello almidonado de su vestido, que más bien parecía un uniforme.

—Es una lástima que pierda usted el tiempo insultándome, señor. Sin duda tiene cosas más importantes que hacer. Permítame que me vaya.

—¡Aún no!

Judith detuvo su movimiento en seco al oír aquella voz. Nuevamente tuvo la sensación de no ser más que un pajarillo en las manos de un gigante.

—No debe usted llamar insultos a una simple exposición de verdades. Pero dejemos ahora eso. ¿Por qué la condenaron?

—Afirmaron que había matado a mi propio hermano —declaró Judith mirando al suelo.

Su voz fue tan débil que tuvo la sensación de que Slim no la había oído. Pero su interlocutor la oyó muy bien. E incluso lanzó un silbido de asombro.

—Eso, hermana, significa la horca.

—Las pruebas no eran contundentes y aunque el Jurado me declaró culpable, recomendó clemencia. Fui condenada a una pena entre quince y veinte años, pero he observado buena conducta y he sido beneficiada por varios indultos después de la guerra civil.

—Extraordinaria suerte la suya —sonrió Slim—. ¿Tiene familia?

Ahora fue cuando Judith se mordió los labios con más desesperación.

—Sí —murmuró—. Una hija.

* * *

Slim la miró atentamente y con una expresión de sorpresa, como si no se hubiese fijado antes en ella o como si acabase de descubrir una mujer nueva.

—¿Una hija? ¿Qué edad tiene usted?

—Veintiún años.

—Debió ingresar en prisión a poco de dar a luz. Me explico que el Jurado recomendase clemencia. ¿Qué hace su marido?

—No tengo marido.

Otra vez se notó la sorpresa en los ojos de Slim, ahora con mucha mayor claridad. Incluso sus dientes castañetearon un poco.

—No la comprendo. O, mejor dicho, me resisto a comprenderla.

—Dada su afición a pensar mal de la gente, será inútil que siga hablando —musitó Judith—. Ya debe usted haberse imaginado toda mi historia de muchacha descarriada, pervertida y lanzada al arroyo. Ya debe usted dar por sentado que soy una cualquiera que trata de merecer su compasión porque le conviene, pero que dentro de una semana, cuando cambiado de ropas y recuperado fuerzas, le abandonará para marcharse en pos de otro que le haya ofrecido unas cuantas monedas. Es usted muy listo, señor Slim, tan listo que ya habrá perfilado mi retrato moral, y sé que ese retrato moral es despreciable —respiró fuerte, mirándole ahora fijamente a los ojos —. ¡Pero se equivoca usted, señor Slim! ¡Yo no me vendí a nadie ni me venderé jamás! ¡No soy lo que usted imagina! ¡Y si usted me rozara ahora la piel, le abofetearía! ¡Pero con usted no hay peligro que se extralimite, porque no es un ser de carne y hueso, sino una especie de estatua que sabe manejar el revólver! ¡Por eso estoy aquí, a solas con usted!

Después de estas palabras, Judith quedó sofocada, jadeante, mirando al hombre. Su pecho subía y bajaba de un modo obsesionante a cada compás de la respiración. Sus manos estaban entrelazadas; y así como sus mejillas habían adquirido un tono rosado, esas manos estaban intensamente pálidas, como las de una muerta. El hombre se acercó un poco más a ella y en sus ojos grises hubo por primera vez un brillo de interés.

—Por favor, no es necesario que chille ni se excite. Puede que, en efecto, haya pensado algo desagradable de usted, pero no le he dicho. Ni voy a preguntarle tampoco por qué no tiene marido. Eso no son asuntos de mi incumbencia; le daré trabajo y no le pediré

ninguna clase de explicaciones. Allá usted con sus problemas particulares…

—Es que éstos no son particulares —cortó Judith—. Le afectan también a usted, si es que me da trabajo, porque necesita saber a qué clase de persona ayuda. Tengo una hija que ahora ha cumplido los tres años y tengo un marido. Bueno, no un marido tal como dicta la ley, pero sí tal como requiere la conciencia. Me casé con él ante un juez, en presencia de testigos y con todos los requisitos exigidos, en el Estado. Me prometió que una semana más tarde celebraríamos la ceremonia ante la Iglesia, pero no cumplió su promesa. ¡Y si sólo hubiese sido eso…! —hablaba en tomo infinitamente amargo, impropio de una mujer joven—. Resultó luego que juez y testigos eran miembros de su cuadrilla. El juez era un pistolero disfrazado, y los testigos unos forajidos reclamados por la justicia. Todo fue una gigantesca farsa, una farsa montada sobre la traición y la sangre, porque para apoderarse del local donde se había de celebrar la ceremonia asesinaron la noche anterior al auténtico juez. Cuando aquel hombre me abandonó y quise saber su paradero, me enteré de que ni siquiera me había dado su verdadero nombre… No estaba legalmente casada con él, y todo fue una burla para conseguirme, una apuesta brutal que luego él celebró en compañía de sus hombres —la voz de Judith, que se había elevado de tono, disminuyó de repente, hasta convertirse en un susurro—. Yo tenía un hermano, señor Slim, y él quiso vengarme. Debo decirle que mi hermano, por cuyo asesinato he cumplido condena, era todo un hombre. Perseguimos a mi falso marido y a su cuadrilla de pistoleros, y en una población fronteriza le dimos alcance. ¡Pero la misma noche de nuestra llegada, mi hermano fue asesinado y a mí se me encontró el revólver con que se le había dado muerte! ¡Ése es el origen de mi historia! ¡El origen de la historia de la mujer despreciable que usted ahora tiene ante sus ojos!

Impulsada por su excitación, se había puesto en pie. Su rostro había enrojecido aún más, sus ojos brillaban intensamente, y estaba en esos momentos tan bonita, tan deseable y tan altiva como una diosa. Hasta el frío corazón de Slim sintió que algo muy sutil le hacía estremecerse.

—¿Dónde está su hija? —preguntó con un hilo de voz.

—Recogida por caridad en una granja de la frontera norte.

Anhelo trabajar para ir a verla y poder hacerme cargo de ella. A veces pienso que no la amo, porque fue la causa de la definitiva destrucción de mi vida. Pero la desdichada no debe pagar los pecados de sus padres. ¡Necesito desesperadamente trabajar para ayudarla!

Sus últimas palabras fueron pronunciadas con un desgarrado acento de sinceridad. Las manos de la mujer se crisparon un poco y todo su cuerpo se puso rígido. Una repentina y extraña palidez cubrió el semblante de Slim.

—Le daré dinero para que vaya a ver a su hija y pueda hacerse cargo de ella.

Judith protestó:

—No pido limosna, sino posibilidad de trabajar.

—Trabajar conmigo es muy peligroso. Demasiado peligroso para una mujer.

Judith sonrió. Su sonrisa fue muy extraña.

—Aún no he terminado de explicárselo todo. ¿Dice que es peligroso trabajar para usted? ¡Pues no puede imaginarse lo peligroso que será trabajar conmigo! Puede que en cuanto a mi falso marido se entere de que estoy libre, venga a buscarme. ¿Y sabe usted su nombre? ¿Sabe quién es? ¡Es Mike Rotterdam! ¡Mike Rotterdam!

Judith repitió su nombre con una especie de frenético terror, en la impotencia de su propia desesperación. Era como si supiese que acababa de nombrar a un ser invencible. Como si se diese cuenta de que ni ella, ni Slim, ni nadie, podían hacer nada contra él.

Miró al hombre. Y tuvo la sorpresa de ver que éste le dedicaba una sonrisa lejana y seca.

—Mike Rotterdam está ahora en Nevada —reveló Slim—. Se ofrecen nada menos que diez mil dólares por su cabeza, y se dice que nadie logra vencerle con el revólver en la mano. Usted, naturalmente, piensa que tenerla cerca es un peligro demasiado importante para mí. Es como llamar a gritos a Mike. ¿No es así?

—Algo parecido. Y antes de que me ofreciera trabajo me he considerado en la obligación de decirle quién soy y cuáles son mis relaciones. Teniéndome cerca corre usted peligro, señor Slim, sobre todo si Mike Rotterdam logra averiguar mi paradero y quiere ver de nuevo a su «amante esposa».

Slim volvió de nuevo a su lugar junto a la mesa, abrió el cajón central y extrajo un «Colt 45», color negro, que introdujo cautelosamente en su funda vacía.

—Voy a darle trabajo, señorita Lauren —anunció mirándola a los ojos—. Tengo alquilada en las afueras de la población una casa a la que llaman «casa del alegre francés». Trabajo allí durante varias horas y necesito una secretaria. ¿Puede usted serlo?

—Depende de la clase de trabajo que me exija… —susurró Judith.

—Tal vez sepa ya qué significa ser en Carson City el delegado especial del Gobierno. Ésta es una ciudad maldita donde ningún *sheriff* dura más de dos semanas, y yo tengo que poner cierto orden en ella. Desgraciadamente, no cuento con colaboradores, pudiendo sólo confiar en mi revólver; pese a ello, me veo en la obligación de confeccionar listas de gente sospechosa, archivar atestados de los registros que efectúo y abrir un expediente cada vez que ocurre algún suceso importante. De ordenar todo ello puede encargarse usted, señorita Lauren, pero le anticipo que es un trabajo muy peligroso. Son varias las personas a las que interesaría conocer el contenido de cierta clase de expedientes, y no vacilarían en matarla si con ello hubieran de conseguir su propósito. Hasta ahora me he encargado yo mismo de custodiar los documentos, pero si en adelante lo hace usted, correrá serios peligros de los que no siempre podré defenderla.

Judith se mordió los labios, y una llamarada de decisión partió de sus ojos.

—No me importan los peligros que pueda correr. Es usted quien debe prevenirse.

—¿A causa de Mike Rotterdam?

—A causa de Mike Rotterdam.

Nuevamente apareció aquella extraña y helada sonrisa en los labios de Slim.

—Precisamente he recogido mi revólver porque va a visitarme uno de sus lugartenientes: Pat
O’Hara.
¿Le conoce usted?

Judith palideció intensamente.

—¡Dios mío! ¡Precisamente fue el que se disfrazó de juez

durante la farsa de nuestra boda!

—Detuve a uno de los miembros de la banda hace siete días y lo hice juzgar. El jurado le condenó a muerte y ha sido colgado esta madrugada. Pat
O'Hara
debía tener con ese tipo especial amistad, y me juró que si le colgaba me mataría a mí antes de que llegase la noche siguiente. Sé que hará lo posible por cumplir su palabra.

Judith iba a contestar algo, pero en ese momento se abrió la puerta y apareció en el umbral el ordenanza que hiciera pasar a la muchacha unos minutos antes. Todo él daba muestras de viva excitación, y su mano derecha tembló perceptiblemente al sostener la puerta.

—La visita que usted esperaba se acerca, señor. Son dos individuos.

Slim sonrió mientras se ajustaba bien el cinto. A su pesar, Judith admiró la sangre fría de aquel hombre, el soberano desdén con que caminaba a un encuentro que bien podía significar su muerte. Casi sin darse cuenta, le sujetó por un brazo al pasar junto a ella.

—No necesita usted salir al encuentro de ese par de forajidos. Haga que el *sheriff* y sus hombres les detengan inmediatamente.

—El *sheriff* fue asesinado anteayer —respondió él sin mirarla—, y en cuanto a sus hombres, si algunos quedaban, no creo que tengan mucho entusiasmo por empujar las armas ahora. Además —sonrió—, éste es un asunto exclusivamente personal.

Salió de la habitación, encaminándose hacia la calle. Judith le siguió con los ojos y luego, sin darse cuenta, fue tras él. Había algo en aquel hombre que subyugaba y aterrorizaba a la vez que helaba la sangre como una amenaza y luego enardecía como una caricia. Judith, a través de la puerta, vio la calle polvorienta, sobre la que se había posado un sol blanco que dibujaba los objetos con crudo relleno. Vio a Slim salir al encuentro de la muerte.

Pat
O'Hara
estaba en el centro de la calle. Era el más fino y elegante de la pandilla de Mile Rotterdam, y sin duda por eso le habían elegido antaño para desempeñar el papel de juez en la macabra burla de que Judith fue objeto. Vestía ahora unos pantalones de buen corte,

una camisa a cuadros y unas botas muy lustrosas y de piel fina. Pero llevaba barba de varios días y su piel estaba cubierta de sudor. Tenía las manos apoyadas sobre las culatas de sus revólveres.

Más allá, a una docena de yardas, estaba su compañero. Éste era uno de la banda a quien Judith, no conocía. Debía tener unos veinticinco años y era delgado como un cuchillo. Tenía la boca torcida en una sonrisa siniestra y sus ojos miraban hacia Slim con una especie de burla.

—Te dije que vendría a matarte —masculló

O'Hara

—. Nosotros dos nos bastamos para eso, ¿no crees, muñeco? Te exterminaremos en medo de la calle para que todo Carson City sepa qué clase de mequetrefe es el «invencible Slim». ¡Vamos, defiéndete si sabes hacerlo!

—Calma, amigos. Estoy tan perplejo al ver que me desafiáis cara a cara que creo que voy a desmayarme o algo así. ¿Tanto habéis cambiado de costumbres que ya no os gusta matar por la espalda?

—¡Cierra el pico y defiéndete!

—Está bien. Lo siento por vosotros…

Slim, que estaba a un lado de la calle, junto al porche, iba a «sacar» cuando en ese momento Judith hizo algo que jamás debería haber hecho. Atravesó el umbral de una casa y se mostró a los ojos de los dos pistoleros.

—¡Atiza! —sonrió cruelmente

O'Hara

—. ¡Qué guapa estás, nena! ¡Y qué regalo tan fino para Mike Rotterdam!

Slim no se volvió para ver a la muchacha. Era demasiado lo que arriesgaba si llegaba a desviar los ojos tan sólo un instante. Pero le bastó ver la expresión bestial de los dos pistoleros para adivinar lo que Judith debía estar temiendo.

—Lo de la muchacha no os importa —advirtió—. Tenéis una cuenta que arreglar conmigo.

—Cierto —sonrió

O'Hara

—. Lo de la muchacha no nos importa… por ahora. Cuando tú hayas muerto, ya sabremos lo que hacer con ella.

—Judith Lauren se cotiza ahora muy cara —comentó con sorna

el otro miembro de la banda, quien sin duda había oído hablar ya de ella—. Ser la mujer de un tipo como Slim da la mar de prestigio a una perdida como ella.

—Ya diremos a Mike que está aquí —sonrió O'Hara —. O mejor, te llevaremos a sus amorosos brazos…

Judith se tapó los oídos con ambas manos, abrumada, a punto de gritar. Sus labios se distendieron en una mueca infinitamente dolorosa, mientras los dientes de Slim rechinaban en el silencio de la calle.

Todos los que pasaban por ésta se había arrimado a los lados, y ahora en el centro, donde iba a ventilarse el desafío, había una extensa zona donde se movían O'Hara, su compañero y Slim. Los tres estaban ya un poco inclinados hacia delante, los músculos tensos y los brazos ligeramente arqueados, a punto para «sacar».

—No me gusta que se ofenda a las mujeres en mi presencia —dijo sordamente Slim—. No me ha gustado nunca.

—Eso no es nada —replicó O'Hara —. Lo bonito vendrá cuando tú hayas muerto.

—En tal caso os correrá prisa verme caer. ¡Adelante!

«Sacaron» con movimientos fulgurantes, pero Slim no disparó de inmediato contra los enemigos que tenía enfrente.

Hizo algo muy extraño.

Se volvió por completo hacia su derecha, mientras daba un salto para arrojarse al suelo un par de yardas más allá, y hacía dos veces fuego. Un tío que estaba medio parapetado tras un porche, dispuesto a atravesarle a traición, recibió las dos balas en el tórax y cayó redondo al suelo. La mirada de inteligencia de O'Hara en el último momento lo había delatado. Pero Slim aún tenía dos enemigos enfrente, y los dos dispararon a la vez. Una bala atravesó la pierna de Slim, a pesar de que éste había cambiado de posición. Ocurrió esto mientras disparaba otras dos balas con la rapidez de un auténtico demonio.

Y un silencio espeso y obsesionante caía sobre la calle.

CAPÍTULO III

Resultó que la «casa de alegre francés» era una de las mejores de Carson City. Estaba rodeada de un jardín y tenía aspecto acogedor y simpático, aunque a Judith, cuando llegó allí al día siguiente, le sugirió una serie de sombríos pensamientos. Primero porque no se dio cuenta de que la muerte la acecharía a partir de aquel instante, y segundo porque aquel lugar no sería más que una continuación de la cárcel; un lugar donde la atenazaría la ansiedad de ir a abrazar a su hija.

Slim había sido trasladado allí después del duelo. Cuando Judith llegó, estaba sentado en un sillón y con la pierna apoyada sobre una butaca fronteriza. Debía tener fiebre y haber perdido mucha sangre, porque estaba intensamente pálido.

—Celebro que haya venido usted —dijo, al ver entrar a Judith—. ¿Se encuentra ya más repuesta después de sus últimas aventuras?

—Mis aventuras no merecen ser mencionadas al lado de las suyas —dijo, sinceramente, la muchacha—. Es cierto que vive usted en medio de los mayores peligros, pero no debo felicitarle por ello. En el fondo tiene usted alma de pistolero.

—Tal vez. A lo mejor resulta que soy un pistolero fracasado durante toda mi vida.

Sonrió e indicó con un ademán las habitaciones que se veían desde allí.

—¿Le gusta esta casa?

—Es muy hermosa. ¿A quién pertenece?

—Pertenece a un francés muy alegre, que viaja constantemente. El nombre con que se conoce a la casa ya indica algo así. Bien, lamento que ayer fuera usted testigo de aquella inoportuna escena,

y lamento que a consecuencia de todo aquello no pueda yo ahora levantarme para mostrarle la casa y hacerle los debidos honores. Pero tal vez le resultará más agradable verlo por sí misma; desde luego tiene usted permiso para entrar cuando le plazca en cualquier habitación de la casa —hizo una pausa—. Ahora nos encontramos en el *living* —room donde descanso a veces. Más allá está mi despacho, con una montaña de libros que me acompañan a todas partes. Luego un pequeño comedor y un cuarto que empleo como archivo. Arriba están los dormitorios, uno de los cuales ya ha sido dispuesto para usted.

Judith dirigió una mirada circular a la habitación, procurando reparar en todos los detalles, y al fin se volvió de nuevo hacia el hombre.

—¿Quién cuida de todo esto?

—El «alegre francés» tenía una vieja criada negra, que se ha quedado aquí. Ella atiende a todas las necesidades de la casa, lo que es perfectamente posible porque yo doy muy poco trabajo. Casi siempre estoy fuera de aquí. En fin, me gustaría al menos… enseñarle… su dormitorio…

Hizo un esfuerzo para incorporarse, apoyándose con ambas manos en los brazos del sillón, y no pudo conseguirlo. Desalentado, tuvo que dejarse caer de nuevo sobre el asiento, mientras unas gotas de sudor frío resbalaban por su frente.

—Yo le ayudaré a levantarse —ofreció Judith—. Si se fatiga de ese modo nunca cicatrizará la herida.

—He tenido mala suerte —gruñó Slim—. Tardaré al menos dos semanas en poder andar, y mientras tanto… ¿qué clase de horribles sucesos ocurrirán en Carson City?

—¿Qué es lo que teme usted que ocurra? —preguntó la muchacha, interesada.

—No hay *sheriff* allí. Nadie representa la ley en la ciudad más rica y más turbulenta de Nevada. Ha vivido usted tres años en la cárcel y quizá no sepa que después de la guerra civil esto se ha convertido en un infierno. Aventureros sin sentimientos, negociantes sin escrúpulos, pistoleros sin honor… Todos estos «sin» forman hoy el cincuenta por ciento de la población de Nevada —exhaló un suspiro—. Me sabría muy mal morir sin haber podido ayudar al otro cincuenta por ciento a defender su vida.

Judith se sintió mordaz. Las mujeres difícilmente saben perdonar las ofensas, y ella deseó vengarse de las crueles palabras que Slim le dirigiera veinticuatro horas antes.

—¿Habré de creer que es usted un bienhechor de la humanidad, señor?

—No tiene usted que creer nada —dijo Slim, son una suave sonrisa sin ofenderse—. Simplemente cumplo con un rutinario deber al preocuparme de lo que ocurra en Carson City. Y como primera medida, a título de precaución, le ruego no salga de esta casa mientras tenga que estar recluido en ella. Podría sucederle cualquier cosa desagradable.

—¿Teme que me coman? —Silbó Judith, en el mismo tono mordaz.

—Creo haberle dicho ya que en Carson City no hay ley de ninguna clase. Si vuelve sola allí, deberá atenerse a las consecuencias.

—Está bien. ¿Cuáles son mis obligaciones?

Slim, sin dejar de sonreír, le indicó una gran caja colocada sobre una mesa.

—La primera de ellas es cambiarse de vestidos.

—¿Cómo?

—Sí, no se sorprenda. Se sentirá usted inferior y molesta si sigue llevando ese vestido que más bien parece un uniforme. Esta mañana he indicado a Anna, la criada negra, que fuese a adquirir para usted unas cuantas prendas adecuadas a sus medidas. Lo ha hecho, y ahí están. Espero que le gusten.

Dominada por una curiosidad femenina, Judith fue hacia la caja y la abrió. Un resplandeciente vestido de seda negra adornaba el interior. Bajo él había diversas prendas de ropa interior femenina, todas de gusto y exquisita calidad. Enrojeció bruscamente.

—¡Esto no forma parte de sus atribuciones, señor Slim! ¡Darme un empleo no significa que yo tenga que vestirme a su gusto, y mucho menos con ropa interior que usted mismo ha elegido!

La sonrisa de Slim murió en sus labios, pero siguió sin ofenderse.

—Todo esto no lo he elegido yo, sino Anna. Comprenderá que con mi pierna no podía dedicarme a elegir chucherías por las tiendas de la ciudad. Puede ir a su habitación y vestirse con toda confianza. Si sigue sintiendo reparos, hágase a la idea de que le

ofrezco un uniforme reglamentario para su trabajo.

—Es difícil hacerme a esa idea, señor Slim. Al fin y al cabo, usted es un hombre joven y yo soy una mujer joven, y estamos demasiado solos en esta casa.

Se dio cuenta de que había dicho una tontería cuando vio oscurecerse las facciones de él. Los restos de la sonrisa desaparecieron de los labios de Slim, y sus ojos desprendieron un peligroso reflejo gris.

—Lleva usted su desconfianza demasiado lejos, *miss* Lauren. O quizá una idea demasiado elevada de sus encantos femeninos. En cualquiera de los dos casos su opinión es sinceramente lamentable.

Apretó los dientes, haciendo un violento esfuerzo, y esta vez consiguió ponerse en pie. Dentro de la habitación, su estatura y el relieve asombroso de sus músculos intimidaron a Judith. Retrocedió un paso sin darse cuenta, sosteniendo sobre su pecho el vestido negro que acababa de extraer de la caja.

—Creo que estoy sufriendo un acceso de fiebre y no tendré más remedio que encerrarme en mi habitación —murmuró Slim—. En cuanto a esas ropas, haga usted lo que quiera, señorita Lauren.

Caminando dificultosamente, salió al vestíbulo y empezó a ascender la escalera. Judith, roja como la grana, le estuvo mirando sin desviar los ojos hasta que lo vio desaparecer.

Y entonces entró Anna, la criada negra.

Debía tener unos setenta años, e iba bien vestida. Todo su aspecto reflejaba limpieza y salud. Sonrió a Judith, sin dirigirle la palabra, y colocó en los lugares que les correspondían el sillón y la butaca que había empleado Slim. Antes de salir, y tras dirigir a la muchacha una mirada amistosa, le dijo:

—Su habitación es la primera del vestíbulo superior, señorita.

* * *

El acceso de fiebre sufrido por Slim duró tres días y tres noches. La herida no había sido bien cuidada en los primeros momentos, y aunque poco importante en realidad, ocasionó el peligro de una gangrena general en la pierna. Un viejo médico que apestaba a alcohol, vino dos veces y realizó dos curas dolorosísimas, con un cuchillo al rojo. Slim lo resistió todo sin protestar, y al tercer día comenzó a descender la fiebre.

Durante ese tiempo, Judith no había entrado en la habitación una sola vez. No se había puesto tampoco el vestido negro ni las prendas que él le facilitara. Seguía llevando aquella especie de uniforme con que saliera de la prisión.

Al cuarto día, Slim la hizo llamar. El joven estaba sentado en su lecho —una humilde cama de campaña que parecía haber hecho la guerra civil— y aunque llevaba una espesa barba, tenía un aspecto acusadamente masculino que le daba una rara belleza. Miró a Judith con ojos penetrantes al darse cuenta de que aún llevaba las mismas ropas con que llegara hasta allí.

—Celebro que se encuentre ya más restablecido, señor —dijo ella, secamente.

—Yo también celebro que siga usted tan enérgica, *miss* Lauren. Eso es indicio de buena salud. La he mandado llamar porque es el cuarto día de mes, y quiero entregarle su sueldo.

—Puede ahorrarse la molestia. No he hecho nada en estos días salvo ordenar su correspondencia. Y no creo que eso valga ni siquiera un dólar.

—Soy yo quien fija su salario, no usted, *miss* Lauren.

Abrió un cajón de su mesilla, donde descansaba el revólver negro, y extrajo dos billetes que tendió a la muchacha. Ésta abrió unos ojos como platos al darse cuenta de que uno de aquellos billetes era de cien dólares.

—Su sueldo de este mes. Creo de justicia que lo cobre entero.

Judith tuvo un repentino gesto de rebeldía, muy poco a tono con la sumisión y la paciencia que había derrochado en presidio. Quizá aquella forzosa continencia, aquella mansedumbre causada por el mismo dolor, fue causa de la repentina explosión que sus nervios sufrieron en este momento. Cogió los dos billetes, los estrujó y los arrojó al rostro de Slim con un además lleno de violencia.

—¡Le dije una vez que no pedía limosna, sino la posibilidad de trabajar! ¿Tan estúpida me cree? ¿Tan ingenua he de ser como para ignorar lo que vale el trabajo que yo he estado haciendo hasta ahora? ¡Con diez dólares estaría bien pagada, teniendo en cuenta además que usted me aloja en su casa! ¡Pero si lo que desea es entregarme dinero para que yo pueda ver a mi hija, puede ahorrarse todos esos subterfugios, señor Slim! ¡Llame a las cosas por su nombre y diga que yo he logrado despertar sus sentimientos

caritativos! ¡No mienta asegurando que le intereso como colaboradora suya!

El joven encajó mal aquel gesto agrio de Judith. Rechinó ligeramente los dientes y, mirándola con los ojos entrecerrados, manifestó:

—Quiero que usted se marche de aquí, señorita Lauren. En Carson City no va a hacer nada bueno, y todo lo que conseguirá serán los besos violentos de algún pistolero y tal vez una bala entre las cejas. ¡De modo que lárguese a ese lugar de la frontera, abrace a su hija y váyase con ella a una ciudad del Este o a cualquier lugar donde la vida de una mujer tan hermosa como usted sea respetada!

Había dicho «tan hermosa como usted» y se dio cuenta enseguida que aquello era algo que complicaba las cosas. Judith también captó aquella frase, y enrojeció visiblemente. Porque aquel hombre sabía poner en todas sus palabras una extraña y desconocida pasión, una sinceridad que llegaba hasta el corazón o lo hería brutalmente. De una forma misteriosa, Judith notó que no podía continuar junto a aquel hombre, porque habría en él una fuerza que arrollaba sus sentimientos y arrollaría tal vez su vida.

—Agradezco su buena intención, pero no puedo aceptar ese regalo —dijo a media voz—. Le pediré a usted esos doscientos dólares cuando considere que los he ganado.

—Está bien —gruñó sordamente, Slim—. Llama usted caridad a lo que yo juzgo retribución honrada por un trabajo peligroso. Haga usted lo que le plazca, señorita Lauren, pero le aseguro que si las cosas siguen su camino normal, habrá ganado usted esos doscientos dólares mucho antes de lo que supone.

Alcanzó unos documentos de su mesilla y se puso a leerlos, como dando por terminada la entrevista. Judith se mordió los labios, apretó los puños y, con un ademán de decisión, salió de la estancia.

Aquella noche, Slim, ya más restablecido, se levantó para trabajar. Judith oyó desde su dormitorio los pasos lentos y aún algo pesados con que el hombre se dirigía a la planta baja. Acto seguido escuchó las doce campanadas de la medianoche. El sueño la venció y quedó nuevamente dormida.

Volvió a despertarse cuando sonaban las tres de la madrugada. Tuvo una especie de sobresalto y salió del lecho, vistiéndose una

bata larga que estaba entre las prendas con que la obsequiara Slim. Abrió la puerta silenciosamente y se dirigió hacia la baranda de la escalera. Vio desde allí que había luz en el despacho de Slim.

Y oyó también voces suaves, como si éste hablara con alguien.

Extrañada, descendió en silencia, acercándose a la puerta del despacho. Las voces se hicieron más perceptibles, y pudo distinguir algunas palabras. Desde luego eran dos hombres los que hablaban, uno de ellos Slim.

—Diez mil dólares —oyó pronunciar a éste.

—Diez mil dólares es poco para comprarme —dijo la otra voz.

«¿Comprar? —pensó Judith—. ¿Es que Slim trata de comprar hombres como había comprado mujeres? ¿Qué clase de individuo era el que se había reunido con él?».

—No puedo darte más —declaró el mismo Slim—. Acéptalos y prométeme que en adelante todo será como yo he pedido.

Se notó la vacilación del desconocido.

—Está bien. Lo prometo.

—Si es así, considero este dinero bien empleado —expresó Slim —. Cuenta.

Se oyó un suave roce de billetes al ser contados y luego la misma voz:

—Conformes.

—Espero que todo se resuelva según mis deseos y mis instrucciones —indicó Slim—. Y ten en cuenta que nunca he perdonado a los embusteros.

Se oyó chasquear la lengua del otro, y luego hubo un momento de silencio. Judith comprendió que no tenía por qué estar allí y comenzó a retirarse sigilosamente hacia la escalera que ascendía al piso superior. Cuando rozaba ya el primer peldaño, la puerta del despacho de Slim, que había estado entornada hasta aquel momento, se abrió de improviso. Las figuras de dos hombres se recortaron en el umbral, y la luz que despedía una gran lámpara de petróleo colocada sobre la mesa fue a proyectarse sobre la bata de seda que vestía Judith, la que se encogió con repentino movimiento de sorpresa.

De aquellos dos hombres uno era Slim, como había supuesto. El otro era un tipo alto, aproximadamente de la misma edad que el delegado especial, guapo, rubio y con los ojos negros. La

combinación del color claro de sus cabellos y el oscuro de sus ojos le daba un aspecto poco agradable, inquietante casi. Vestía como cualquier vaquero y llevaba dos revólveres al cinto. En sus labios había una sonrisa cuadrada y un poco despectiva, como si nada más ver una cosa la despreciase ya. Pero la clase de su sonrisa cambió al distinguir a Judith.

Ésta se había fijado de una manera especial en aquel desconocido, advirtiendo todos esos detalles a pesar de la penumbra reinante en el vestíbulo. Se encogió un poco más, dominada aún por el nerviosismo, y trató de subir ágilmente las escaleras. La voz de Slim la detuvo.

—Entre sus obligaciones no figura la de pasear por la noche, señorita Lauren. Si no se encuentra a gusto en su lecho puede cambiar de habitación, pero es preferible que lo haga durante el día.

Judith se mordió los labios y no contestó. Subió rápidamente las escaleras sin hacer caso. Pero oyó la voz del desconocido que decía:

—Vives muy bien, amigo. Tienes un verdadero bombón en casa…

Furiosa consigo misma, dominada por los nervios, Judith se encerró en su habitación y contempló las ropas revueltas del lecho. No podía seguir en aquella casa un minuto más, no podía, porque todo era humillante e ingrato para ella. Y, sin embargo, no dejaba de reconocer que en su situación ella no tenía ningún derecho a mostrarse ofendida.

Se tendió de nuevo en el lecho y, con las manos plegadas bajo la nuca, fue pensando. ¿Quién era aquel desconocido que había visitado a Slim durante la noche? ¿Por qué éste le había entregado diez mil dólares? ¿Qué misterioso acuerdo existía entre los dos?

CAPÍTULO IV

A la mañana siguiente Slim, que todavía estaba con grandes dificultades fue hacia la cuadra para ensillar su caballo. Judith, que estaba en la puerta de la casa, se quedó asombrada al verle, sin comprender qué clase de locura intentaba realizar.

Se aproximó a él.

—¿Hacia dónde se dirige? ¿Qué es lo que intenta?

—Me dirijo a Carson City.

—¿Y qué es lo que va a hacer allí?

Slim la contempló un momento como diciéndole con la mirada que aquello no la importaba gran cosa, pero al fin contestó:

—Hoy será elegido en la población un nuevo *sheriff*.

—¿Y está usted obligado a votar?

—No, pero me interesa saber quién resulta favorecido con el ataúd. Porque ese cargo no significa otra cosa que un entierro gratuito. Adiós, señorita Lauren. Le aconsejo que no se mueva de aquí.

Subió al caballo con una agilidad insospechada, valiéndose del impulso de una sola pierna. Judith vio entonces que llevaba el revólver negro recién engrasado y bien encajado a la funda.

—No me gusta que vaya ahora a la ciudad… —susurró.

—¿Por qué?

Judith le miró a los ojos. Y en este momento fue sincera cuando dijo:

—Comprendo que tengo muchas cosas que agradecerle, señor. Tal vez yo no me haya portado como corresponde a mi situación. Le prometo que de ahora en adelante trataré de no disgustarle y de ser una empleada fiel, señor.

Slim también la miraba a los ojos. Hubo en sus pupilas grises un

brillo más cordial, más humano. Y fue en ese momento cuando Judith se dio cuenta de que aquellos ojos también podían amar. Cuando advirtió nuevamente que aquel hombre podía transformar su vida… ¡una vida en la que había jurado a sí misma que no entraría ningún hombre jamás!

—No tiene usted nada que agradecerme, Judith. Le he ofrecido a regañadientes un empleo que usted vino a pedirme, y no creo por tanto que mi acción tenga nada de generosa ni de meritoria. En cuanto a su conducta, opino que cada uno debe manifestar sinceramente sus sentimientos. Por otra parte, todo lo que usted ha hecho y dicho hasta ahora es perfectamente comprensible en su situación. Buenos días.

La apartó suavemente, posando la diestra sobre uno de sus hombros y espoleó el caballo también con la máxima suavidad. El animal salí de la cuadra emprendiendo un trote corto que se transformó en largo y luego en galope al enfilar la ruta principal que conducía a Carson City.

Judith, pensativa, iba a dirigirse al despacho de Slim, cuando Anna casi tropezó con ella.

—Debería usted distraerse un poco —sugirió la negra, mostrando en una amplia sonrisa sus maravillosos dientes—. Montar a caballo, por ejemplo, que es la única distracción que hay aquí. Al fin y al cabo, Slim no le dará trabajo mientras no haya acontecimientos.

—¿Qué clase de acontecimientos? —preguntó, interesada, la muchacha.

—Slim está reuniendo pruebas contra gente muy importante de Carson City —reveló Anna, poniéndose seria—, y cualquier día hará que los individuos de los que nadie sospecha sean puestos a disposición de la ley. Entonces habrá llegado el momento de que usted tenga trabajo realmente peligroso.

—¿E insinúa que, mientras tanto, debo aprovechar el tiempo y distraerme?

—Eso mismo es lo que estoy pretendiendo decirle.

Judith le agradeció sus palabras con una sonrisa y subió a su habitación. Allí estaban, todavía dentro de la caja, las prendas que le regalara Slim. Las cogió, las sostuvo entre sus dedos y estuvo mirándolas largo rato.

¿Y si se las pusiera? ¿Y si tratara de congraciarse así con el hombre que, al fin y al cabo, estaba haciendo por ella más que cualquier otro?

Sin pensarlo más, se desvistió y se puso aquellas nuevas prendas. Le sentaban admirablemente, como si hubieran sido confeccionadas para ella misma; además, las telas eran de lo más fino y delicado que había tenido jamás entre sus dedos. Un simple cambio de peinado y Judith, al mirarse al espejo, se sorprendió profundamente de la transformación que acababa de realizarse en ella. Era como si de las ruinas de su vida anterior acabase de surgir una mujer nueva, una mujer cuya capacidad de amar estaba todavía intacta y cuyo corazón aún estaba virgen para la primera llama. Era como si tu existencia comenzase en este momento y lo demás no fueran más que sombras. Tal vez fue la sensación de cambio que tuvo al verse vestida con aquellas nuevas ropas.

Descendió a la planta baja, dominada por una misteriosa emoción, como si fuera una chiquilla, y fue corriendo a las cuadras, donde había visto antes quedaba aún un caballo y una silla. Anhelaba desesperadamente que Slim la viera, aunque no sabía por qué. Tan sólo sabía que para ella era una necesidad vital el saberse perdonada y hasta un poco admirada, si era posible. Admirada por un hombre como el frío, el inaccesible, el generoso y a un tiempo cruel agente federal Slim.

Ensilló el caballo y unos momentos después empezaba un trote largo en dirección a la cercana Carson City.

* * *

El primer encuentro que tuvo en la ciudad fue desagradable. Enfilaba la recta de la calle principal cuando su caballo estuvo a punto de tropezar con otro que montaba Brandon. El dueño del Eva hizo una maniobra rara con su animal, para obligar a detenerse al de Judith, y una vez lo hubo conseguido se quitó el sombrero ceremoniosamente.

—Celebro verte por aquí, preciosidad. ¿Es que lo has pensado mejor y vienes a trabajar en mi teatro?

Judith tiró de las riendas con un ademán brusco, para desviar su caballo.

—Déjeme pasar.

—¡Ni soñarlo, hada! Nuestro primer encuentro fue muy poco feliz, y quiero que el segundo nos deje a los dos un mejor recuerdo. Vamos, ¿quieres tomar un par de copas en mi compañía?

—Yo no bebo con hombres, señor.

Brandon se encajó bien el sombrero y la miró con una sonrisa que era al mismo tiempo admirativa y burlona.

—No presumas, nena. Ayer estuve en la prisión, revisé los archivos y me enteré de que tienes una hija.

Judith se mordió los labios. ¿Es que aquello iba a trascender a todo el mundo? ¿Es que por aquello iban a catalogarla entre las mujeres a las que se puede proponer cualquier cosa? ¿Qué debían pensar ya de ella al saber que era la empleada de Slim? Un golpe de sangre subió repentinamente a su rostro, que se cubrió de rubor.

—Casi todas las mujeres del mundo acaban teniendo alguna hija, señor.

Brandon rió socarronamente, acariciándose las solapas con un ademán de suficiencia.

—Pero casi todas las mujeres del mundo empiezan por casarse, nena…

Judith clavó espuelas a su caballo y trató de pasar. Brandon lo impidió, alargando el brazo, sujetó férreamente las riendas.

—Déjeme.

—Te dejaré cuando prometas que vas a venir a verme otra vez, guapa.

Judith llevaba una fusta en la mano. Apretó los dientes y la movió dos veces, de derecha a izquierda, y de izquierda a derecha, cruzando con ella el rostro de Brandon. Éste, con las facciones desencajadas, se llevó las manos a las mejillas donde habían aparecido dos surcos de sangre. Tuvo para ello que soltar las sus propias riendas, y su caballo se encabritó. Brandon, que no tenía suficiente fuerza en las rodillas, no pudo conservar el equilibrio y cayó aparatosamente a tierra. Un verdadero surtidor de polvo se formó bajo su cuerpo.

—¡Maldita! —rugió—. ¡Maldita!

Todos los que habían presenciado aquella escena lanzaron carcajadas estentóreas al ver la grotesca posición en que había quedado uno de los «hombres duros» de Carson City, y más ante una mujer. Judith no rió porque las anteriores palabras de Brandon

aún le dolían en el corazón. Pero su gesto despertó la admiración y la hilaridad generales, sobre todo cuando Brandon, ensangrentado y cubierto de polvo, quiso levantarse y dio un traspiés que por poco le hace caer de nuevo. Sus ojos, sin embargo, tuvieron un brillo de fanático odio, como los de una fiera que tiene hambre y a la que además se acaba de herir.

—¡Pagarás esto, maldita!

Judith quiso enderezar su caballo y picar espuelas para salir galopando de allí, pero justamente cuando movía las piernas, Brandon se las apresó con ambas manos, engarfiándole los tobillos. Tiró de ellos, y Judith se vino al suelo también, con gran revuelo de faldas, siendo arrastrada por el polvo y enlodazando su vestido nuevo.

—¡Suélteme, canalla! —gritó—. ¡Cien veces canalla!

—¡Te soltaré cuando hayas sido humillada! ¡Cuando aprendas a que de Jeremías Brandon nadie se ha reído jamás!

Seguía arrastrándola por los tobillos, entre las carcajadas insolentes de una parte de los espectadores y las maldiciones estentóreas de los más. La salvaje maniobra de Brandon causó general repulsa, pero en Carson City se le temía por su fama con el revólver, y nadie intervino. Precisamente por haber hecho el ridículo unos momentos antes, Brandon resultaba doblemente peligroso.

—¡Voy a arrastrarte hasta el despacho de Slim! ¡Quiero que él te vea! ¡Quiero que sepa a qué clase de bruja ha protegido!

—No… ¡Slim, no! —gimió Judith.

En ese momento, de entre el grupo de espectadores situados al lado de la calzada, surgió un hombre. Era un tipo joven, casi un muchacho. Tenía una sonrisa despectiva en los labios y acariciaba las culatas de sus revólveres mientras miraba desafiantemente a Brandon.

—¡No eres más que un perro sarnoso! —barbotó—. ¡Suelta a esa mujer o te desharé la cabeza!

Brandon soltó a la mujer para contemplar a su enemigo.

—¿Tú, pequeño pollito, eres el que habla de matar a Brandon?

—Soy el que habla de defender a una mujer inocente.

En la calle se había hecho un instantáneo silencio. El rumor de las voces de las carcajadas, de las respiraciones incluso, había

cesado por completo. Diríase que todos los hombres que se hallaban en la calle había muerto de improviso, y que por un milagro de equilibrio aún estaban en pie antes de caer para siempre. Todas las miradas convergentes en la zona ocupada por Brandon y el joven, que estaban situados tan sólo a diez metros de distancia uno del otro. Cuando las balas saltasen al aire serían mortales de necesidad. Y los ojos de hombres y mujeres se entrecerraron ante la inminencia del momento decisivo.

—Te perdono la vida, idiota —dijo despectivamente Brandon, mientras escupía al suelo.

—Muchas gracias, señor; pero antes tendrás que dejar libre a la mujer.

Brandon, por toda respuesta, se inclinó para sujetar nuevamente uno de los tobillos de Judith, quien se había cubierto las piernas apresuradamente. La sonrisa del joven se hizo más ancha, y su mano derecha levantó un poco el revólver.

—No, amigo.

Brandon arqueó los brazos y entreabrió las piernas.

—¡Está bien, estúpido! Draw. ¡Saca!.

El joven se echó un poco hacia atrás y trató de sacar los revólveres a la vez, demostrando mucha agilidad, pero muy poca picardía. Logró extraer las armas, mas no colocarlas en línea de tiro. Brandon, más experto, empleó tan sólo una décima de segundo en disparar a través de la funda, alcanzando a su enemigo en pleno vientre. El joven se estremeció, gimiendo como un niño, mientras Brandon le enviaba a la cabeza una segunda bala, que fue definitiva.

Un silencio agobiante se hizo en la calle, silencio que sólo fue roto por una roca voz:

—¡Salvaje! ¡Has asesinado a mi hijo! ¡Fiera sanguinaria!

Un hombre de unos cuarenta y cinco años —lo cual significaba ya una edad demasiado avanzada para la vida de las tierras del Oeste— se adelantó y contempló a Brandon con facciones deformadas por el dolor. Sus manos temblorosas estaban a la altura de los revólveres, pero todos adivinaron que se hallaba demasiado nervioso para intentar nada serio con ellos. Además, su mirada iba con demasiada insistencia hacia el cadáver del muchacho, olvidando el peligro que representaba el revólver, ya desenfundado,

de Brandon.

—No me gustan las discusiones, Pat —advirtió secamente éste—. Llévate tú mismo el cadáver si no quieres que te lleven junto con él dentro de un par de minutos.

—¡Eres una hiena, Brandon! ¡Defiéndete!

Pero Brandon no se defendió. No hubo necesidad de eso. Con el revólver que sostenía en su diestra hizo un disparo a matar antes de que Pat lograra siquiera tocar las culatas de sus armas. El desdichado recibió el balazo en pleno corazón sin tiempo para darse cuenta de lo que realmente sucedía. Sus rodillas se doblaron y cayó, con un gesto de estupor en el semblante, balbuciendo una sola palabra:

—Ase… si… no.

Sí, había sido un asesinato de los más incalificables que se recordaban en Carson City, la tierra de la violencia. Pero en esa tierra maldita donde la vida de un hombre o la virtud de una mujer no valían nada, faltaba además la leve sombra de la ley que significaba la presencia de un *sheriff*. Ni eso había siquiera cuando Brandon mató a los dos hombres. Y por eso enfundó el revólver con una sonrisa irónica, sabiendo que ahora ya nadie le pediría cuentas. Había llegado el momento de escarmentar a Judith.

Se acercó a la muchacha, mientras el silencio que nuevamente se había hecho en la calle semejaba poder palparse. Sonriendo satánicamente, se inclinó un poco y alcanzó la fusta que Judith no había tenido más remedio que soltar.

El sol rojo del verano iluminaba la escena con reflejos infernales.

Algunas mujeres cerraron los ojos y los hombres volvieron cobardemente la espalda.

* * *

Judith era demasiado joven y ágil para permanecer mucho tiempo sin defensa en el suelo. Se levantó de un rapidísimo salto y echó a correr como una gacela a lo largo de la calle.

Brandon no la persiguió.

Tan sólo fue hacia su caballo sin dejar de sonreír, y desanudó el lazo que tenía atado a la silla. Con un elegante movimiento, hizo girar la cuerda sobre su cabeza y la lanzó. Judith, exhalando un gemido, vio frenada en seco su carrera al ser apresada por el lazo.

—No vueles tan aprisa, palomita —dijo Brandon.

La muchacha trató de liberarse, debatiéndose furiosamente, y Brandon soltó cuerda para dar mayor amenidad al juego. Judith echó a correr y fue frenada suavemente. Otra vez Brandon volvió a soltar cuerda.

Ante la impotente desesperación de la muchacha, tiró de la cuerda bruscamente, haciendo caer a Judith y arrastrándola por el suelo. Como el lazo la ceñía por el talle, no había peligro de que resultase estrangulada. La arrastró, hasta casi poder tocarla con sus pies, y entonces levantó la fusta.

El primer golpe lo recibió Judith en la espalda, cuando desesperadamente se cubría el rostro.

El segundo en el cuello.

Y el tercero…

Iba ya a recibir el tercer golpe, esté más certero que los otros, cuando la fusta voló de la mano de Brandon.

Alguien se la había arrancado de un balazo certero, haciéndole en la mano un ligerísimo rasguño. Brandon se volvió rugiendo, y vio a un hombre sólo situado en el centro de la calle.

Aquel hombre era Slim.

* * *

Slim tenía las facciones cuadradas en esos momentos, como si las hubiesen tallado en piedra. Sus ojos estaban entrecerrados a causa del sol, y sus brazos arqueados ligeramente. En su mano derecha sostenía un revólver, humeante aún, que comenzó a enfundar poco a poco.

—El próximo disparo que haga será a matar, Brandon. Y lo voy a hacer dentro de unos momentos.

Brandon se encogió y arqueó la espalda un poco, como un gato presto a saltar. Rechinó su dentadura, y sus manos temblaron espasmódicamente.

—Tú no puedes disparar contra mí, Slim, mientras yo te haga frente. Sería tu ruina como agente federal. Quedarías desacreditado y el Gobierno te relevaría de tu cargo.

Slim sonrió irónicamente.

—¿Es que no vas a hacerme frente, Brandon? ¿Después de haber dado muerte a esos dos desdichados y después de insultar a una

mujer te acobardas ante mí?

Otra vez Brandon rechinó los dientes.

—No llames cobardía a lo que es simple prudencia. A ti no tengo ninguna necesidad de hacerte frente, por la sencilla razón de que no desenfundarás tu revólver mientras yo no lo hago. Puedes detenerme, eso sí, pero ¿a qué autoridad me entregarás? En Carson City no hay *sheriff*…

—Lo habrá dentro de poco. La Junta de Vecinos estaba deliberando para la elección cuando alguien me ha advertido que algo grave sucedía aquí. De modo que puedo detenerte, Brandon, pero no voy a hacerlo.

Un sordo rumor se extendió de un lado a otro de la calle.

—¡Como enviado especial del Gobierno no puedes nada contra mí! —rugió Brandon—. ¡No puedes disparar contra mí mientras yo no te ataque primero!

—Como enviado especial del Gobierno no puedo hacerlo. Brandon —silabeó Slim—, pero sí como ciudadano particular. ¿Nunca más ostentaré el empleo oficial que ahora ocupo, pero lo que tú acabas de hacer obtendrá el castigo que merece?

Judith sintió entonces como si algo le aprisionara la garganta.

—¡No puede usted hacer eso, señor! —gimió—. ¡Esos hombres ya están muertos y en cuanto a mí no merece la pena que se moleste en vengarme! ¡He recibido ya tantas ofensas en mi vida que una más no significa nada, señor! ¡No haga por mí nada que pueda lamentar después!

Los ojos de Slim fueron un instante hacia la muchacha. Y ella vio una extraña luz en esos ojos. Y se cercioró de que Slim sabía también amar, y un sentimiento en el que el placer se mezclaba al más lacerante dolor estremeció su alma.

—No lo haga, señor —suspiró débilmente—. No lo haga.

Slim, quieto, silencioso ante ella, seguía mirándola. Sus ojos grises tenían una expresión humana, más cálida, que los hacía distintos. Y Judith recibió aquella mirada como una desesperada caricia que llegase hasta el fondo de su ser.

Los dos, con todo esto, se habían distraído un momento. Y Brandon, decidido a todo, lo aprovechó para atacar.

Capítulo V

Brandon tenía un revólver en la funda, pero fue lo bastante listo para comprender que, aun ganando la acción a Slim, éste sería lo bastante rápido para clavarle una bala entre las cejas. Había visto hacer demasiadas maravillas al federal para arriesgarse a eso.

En cambio, y a pesar de las palabras cambiadas entre los dos, era evidente que Slim no haría uso de sus armas a menos que él extrajese el revólver. Y decidió dejarlo quieto por el momento.

A sus espaldas había un pesado carromato de los empleados para transportar grandes cargas a través de la pradera. El tronco de caballos no estaba uncido a él, pero sí en cambio había un grueso látigo junto al pescante. Y Brandon, durante los breves segundos en que Judith y Slim estuvieron distraídos, se apoderó de él.

—¡Atención, Slim!

El aviso había partido de uno de los espectadores. Pero llegó demasiado tarde.

El látigo, disparado por Brandon con una excepcional habilidad, rodeó la cintura de Slim, quien, sorprendido, se vio obligado a dar una vuelta completa sobre sí mismo. Brandon movió otra vez el látigo y alcanzó una de las piernas de Slim. Éste no pudo evitar caer al suelo y verse arrestado durante un par de yardas.

Cuando un hombre acosado por un látigo se mantiene en pie y conserva su agilidad de movimientos, aún no está todo perdido para él. Puede esquivar los golpes, frotar el cuerpo y tratar de acercarse a su enemigo. Pero cuando cae al suelo ya no tiene salvación; por ágiles que sean sus movimientos, los del látigo lo serán siempre más. El látigo cuando su dueño lo maneja bien, es como una gran serpiente. Y Slim ya había caído al suelo, y tenía motivos para saber lo que le auguraba.

Brandon rió secamente. La mano con que empuñaba el látigo tembló de excitación mientras se disponía para el nuevo golpe.

—¡Dispare, Slim! —gritó una voz.

—¡Ese hombre le destrozará con su látigo!

—¡Él le ha atacado a traición! ¡No le importe emplear el revólver!

La gritería alrededor de los dos contendientes aumentaba por momentos. Un círculo de pasión y de odio se había formado en torno a los dos hombres enzarzados en aquella lucha a que sólo podía tener un final: la muerte. Y si Slim no empleaba el revólver pronto, sería el que perecería en la lucha, porque lógicamente ya no tenía salvación.

Pero Slim no rozó su arma, aquel «Colt» calibre 45 negro que Judith ya conocía bien. Se limitó a mirar a Brandon con una sonrisa desafiante y burlona.

—¡Estás perdiendo los nervios, amigo! ¡Vamos, ataca!

Brandon con un rugido, atacó.

Había adivinado que la intención de Slim era sujetarse al látigo de cualquier manera y obligarle a perder el equilibrio, pero eso dio un golpe muy rápido y suave, descolocando a su adversario y haciendo que se sintiese desorientado. Luego apretó los dientes y lanzó con una carcajada su primer golpe de castigo: un latigazo plano sobre la espalda de Slim que le rasgó la levita y marcó al fin en su cuello una línea roja.

—¡Esto no es más que el principio!

Sí, aquello no era más que el principio. Brandon sabía cómo destrozar a un hombre con un látigo y cómo evitar que se escabullese la presa. Dos nuevos golpes acabaron de destrozar la levita de Slim e hicieron aparecer en su tórax las primeras manchas rojas. El federal trató de levantarse y Brandon, en un prodigio de habilidad, le enredó otra de sus piernas, haciéndose caer de nuevo y ahora cara al cielo. Los golpes iban a ser más dolorosos en esa nueva postura.

—¡Por Dios, emplee el revólver de una vez, Slim! —gritó una voz—. ¡Aunque sea para herirle tan sólo!

—Yo no empleo el revólver contra un hombre que me ataca con un látigo solamente —mascculló Slim.

—¡Pero el látigo puede matar! —gimió Judith—. ¡Acabará con

usted si no hacemos algo! ¡Golpéeme a mí, Brandon! ¡Soy yo quien tiene la culpa de todo!

Brandon, desde muy cerca, le dedicó una malévola sonrisa.

—Luego ya me encargaré de ti, nena.

La momentánea pausa fue aprovechada por Slim para reunir fuerzas y lanzarse hacia delante con la agilidad de un puma. Brandon, no obstante, le esquivó a tiempo. Se hizo a un lado y Slim pasó volando junto a él, para estrellarse secamente contra la muralla humana que rodeaba el escenario de la lucha. Ensangrentado y maltrecho cayó entre los pies de los espectadores, respirando angustiado el polvo que había levantado con su propio cuerpo.

—¡Ya te has movido bastante, Slim! —rugió Brandon.

Y entonces comenzó el verdadero, el terrible, el implacable castigo. Entre los alaridos de una multitud enardecida y horrorizada a un tiempo, entre los gemidos angustiosos e impotentes de Judith. Brandon movió el látigo como un verdadero diablo, como un campeón invencible. El cuero trenzado silbó una y otra vez sobre la cabeza de Slim, redujo a tiras sus ropas y marcó trazos sangrientos en su cuerpo. Dos veces trató de ponerse en pie el federal y dos veces cayó cuan largo era, engañado por hábiles fintas del látigo de Brandon. Y apenas puesto en contacto con el suelo, Brandon se ensañaba más y más con él, porque sabía que un solo instante de tregua significaría, fatalmente, su propio fin.

Ahora, en la calle, ya nadie gritaba, y sólo el chasquido seco y cruel de los latigazos hacía estremecer el aire. Judith, apretando los dientes, se puso en pie y se acercó poco a poco, por la espalda de Brandon, decidida a intervenir aunque el hacerlo le costase la vida.

Pero el momento elegido por Brandon para acabar con su enemigo había llegado ya. Slim estaba lo bastante «maduro» para el golpe final. Y por eso, rechinando los dientes, Brandon articuló:

—¿Por qué no saca el revólver, señor agente especial? ¿Es que de repente le ha entrado miedo?

Slim estaba en aquel momento, jadeante, en el suelo, y su postura era la menos apropiada para «sacar». Todos adivinaron el claro objeto de la maniobra de Brandon, obligar a su enemigo a hacer un solo movimiento sospechoso para con toda tranquilidad, descerrajarle un cilindro entero, alegando luego defensa propia. Y

por si la postura de Slim no fuera ya bastante comprometida, el castigo que acababa de sufrir le había impedido mover el revólver a tiempo. De modo que Brandon obrara sobre seguro al hacer aquella proposición.

—¡Canalla! —Silbó Judith—. ¡No es más que un miserable canalla!

Se abalanzó sobre él, tratando de sujetarle el látigo, pero Brandon la arrojó de nuevo al suelo con un seco movimiento de su brazo izquierdo. Y entonces, las facciones crispadas en una expresión de odio, levantó el látigo sobre el cuerpo de la muchacha.

—¡No! —gritó alguien.

Aquel alguien era Slim.

Sus ojos lanzaron un destello más gris, más cruel que de costumbre. Sus manos parecieron arañar el aire y todos los músculos sufrieron una sacudida.

Saltó.

Los habitantes de Carson City no recordaban un salto tan espectacular, tan felino como aquél. Slim cayó sobre Brandon y los dos rodaron por el suelo entre los alaridos ensordecedores de la muchedumbre. Slim se puso en pie de un nuevo salto, pero Brandon no soltó su látigo. Cuando iba a moverlo de nuevo, Slim se lo pisó. Y de un puntapié que resonó sordamente en la calle, se lo arrancó de la mano que lo empuñaba. Brandon lanzó un grito de dolor que fue ahogado por el clamoreo del gentío reunido en el escenario de la lucha.

—¡Coge ahora el látigo, Slim! —gritó una voz.

—¡Ahora dale tú su parte!

Pero Slim no se apoderó del arma. Por el contrario se distanció un poco de su enemigo, ordenándole:

—Ponte en pie.

Brandon lo hizo, tratando de abalanzarse sobre el látigo. Slim, que esperaba aquello, le enderezó de un rodillazo, le propinó un gancho de izquierda y luego un fantástico cruzado de derecha. Brandon lanzó un alarido, mientras se desplomaba pesadamente. Pero se volvió a incorporar como si hubiera tenido un resorte bajo su cuerpo. Quiso mover los brazos y no lo consiguió porque Slim le golpeó en los flancos, haciéndole encogerse. Otro cruzado doble a los ojos le dejó medio ciego, y fue a partir de ese momento cuando

Brandon empezó a flotar de un lado a otro del círculo formado por la muchedumbre. Nadie era capaz de vencer a los puños de Slim, y todos sabían eso. Los puños del gigante fueron una y otra vez al rostro de Brandon, deshaciendo, convirtiéndolo en una masa irreconocible. Un corto al estómago lo hizo doblarse y otro gancho al mentón lo desplomó como un muerto entre las ruedas de un carro.

Slim, jadeante, rendido por el esfuerzo y por el brutal castigo que antes recibiera, se dirigió vacilando hacia Judith para levantarla del suelo.

—¡Cuidado, señor!

Era la propia Judith la que había dado la voz de alarma. Brandon, semiinconsciente a causa de los golpes, supo no obstante que aquélla era una ocasión ideal para acabar con su enemigo. Extrajo el revólver y apretó el gatillo.

La bala rozó a Slim, que se había arrojado al suelo al oír la advertencia de Judith. Un nuevo disparo de Brandon le produjo un rasguño en la cadera, mientras él extraía a la vez su revólver.

Disparó una sola vez, con fría precisión, y fue suficiente. Brandon, quien se disponía a apretar de nuevo el gatillo, recibió la bala en el corazón y cayó hacia atrás con el rostro desencajado. Sus manos, en un último espasmo de dolor, se aferraron a los radios de una de las ruedas del carro y quedaron así, levantadas como si su dueño aún tuviese vida.

La muchedumbre que había presenciado la pelea se convirtió de repente, al cesar ésta, en una marea humana. Hombres y mujeres se abalanzaron hacia Slim para felicitarle, mientras otros se apresuraban a poner en pie a la maltrecha Judith. Algunos otros, en fin, más caritativos o más sensatos, se apresuraron a retirar los cadáveres.

Judith miró su vestido nuevo, el que con tanto orgullo quisiera lucir aquel día. Estaba convertido en un sucio pingajo. Su rostro y sus manos, además, estaban sucios de sangre y polvo. Pero nada de esto tuvo importancia para ella al lado del hecho trascendental y decisivo, el hecho que venía a marcar un nuevo rumbo en su vida: ¡Slim había matado a un hombre por ella! ¡Slim había renunciado a su cargo, se había expuesto a morir y todo lo había hecho por ella, exclusivamente por ella!

Este descubrimiento fue para Judith como un dulce bálsamo que borrara todas las anteriores amarguras de su vida. Fue como un rayo de luz que disipó las tinieblas de su espíritu e hizo resucitar su corazón, que ya creía muerto para siempre. Pero al mismo tiempo, este descubrimiento le agarrotó de miedo las cuerdas de la garganta, le heló la sangre y le nubló los ojos. Porque ella no podía consentir que un hombre como Slim renunciase a todo a causa de una mujer, aunque esa mujer fuese ella. Trató de acercarse al grupo de los que rodeaban al agente, para hablar con él y exponerle sus pensamientos, pero no pudo lograrlo. Slim era materialmente arrastrado hasta un saloon contiguo, en el que había entrado ya el mismo médico borrachín que le cuidara su anterior herida. Judith no pudo más que seguir al grupo y penetrar también en el saloon, sobre cuyas mesas era tendido el semiinconsciente Slim.

—¡Hum! Te han dejado sin piel —murmuró el medicucho—. Y la herida de tu pierna ha vuelto a abrirse. No comprendo cómo has podido resistir esa pelea sin caerte.

—He caído más de diez veces —sonrió Slim.

—Bueno, Globe, cúrele de una vez y no hable tanto —exigió un vecino.

Varias manos arrancaron los restos de tela de lo que habían sido camisa y levita de Slim y dejaron al descubierto su poderoso tórax. Una exclamación de angustia partió de los labios de Judith al ver que éste se hallaba cubierto de sangre, aunque los latigazos no había podido penetrar profundamente en la piel y por lo tanto no dejarían hondas huellas. Alguien trajo un cubo de agua limpia y, sin ninguna contemplación, lo arrojó sobre el cuerpo de Slim. De este modo tan sumario fueron limpiadas las heridas, que el galeno desinfectó con ginebra pura. Después prestaron una camisa limpia a Slim y lo dejaron en la confianza de que su naturaleza haría el resto.

El grupo no se disgregó de repente, sino poco a poco. Los hombres fueron desapareciendo tras la puerta, después de saludar a Slim con un gesto o dirigirle alguna frase de aliento. Al fin desapareció el último, y Judith quedó sola. Sola ante aquel hombre, que estaba sentado en la mesa y la miraba de nuevo con sus lejanos ojos grises. La muchacha contempló de nuevo su vestido destrozado, sus manos sucias, sus brazos ensangrentados y de

repente se puso a llorar.

Slim guardó silencio. La dejó que se desahogara unos instantes, y luego indicó:

—No debe llorar, *miss* Lauren. Lamento el triste espectáculo que entre todos le hemos ofrecido, pero al fin y al cabo, no ha ocurrido nada que un día u otro no tuviera que ocurrir.

—Todos le aprecian aquí mucho —dijo Judith inesperadamente, levantando la mirada—. El modo como se han comportado ahora, lo demuestra.

—Quizá haya librado a la población de algún mal bicho. Pero eso la gente honrada de Carson City suele apreciarme.

—¡Pues por eso mismo no puede renunciar! —saltó la muchacha, aferrando con una fanática fuerza las manos del hombre —. ¡No puede abandonar su cargo ahora, olvidar su pasado y volver la espalda a su porvenir! ¡Sería una locura que hiciese eso por una mujer, y mucho menos por una mujer como yo!

Había una desesperada sinceridad en las palabras de Judith. Sus ojos anegados en lágrimas contemplaban los del hombre, y había en ellos tanta luz, tanta inocencia, tanta fe, que Slim tuvo que cerrar los suyos porque le pareció imposible que aquélla fuese la misma mujer que sirvió de juguete a los caprichos de Mike Rotterdam y ya tenía una hija. Trató de imaginar que Judith era angelical, pura, intacta. Un sabor amargo llenó su garganta y entonces abrió los ojos. Judith le estaba besando sus manos ensangrentadas, y él las retiró.

—Todo esto que está usted haciendo es ridículo, *miss* Lauren — le espetó secamente—. Me he limitado a defenderla de los insultos de un desalmado como Brandon, cosa que ya había intentado hacer. Pero no debe dar a mis actos ningún significado, ¿me entiende? Absolutamente ningún significado.

—No renuncie entonces a su cargo —exhortó, febrilmente, ella.

Slim miró cansadamente hacia las puertas cerradas del saloon.

—No se trata de que quiera renunciar o no. Sencillamente, debo hacerlo. Mis atribuciones me permiten investigar en los bajos fondos de la ciudad, redactar informes y detener a los delincuentes. No matarlos. Quizá usted no comprenda bien esto, *miss* Lauren, pero lo que yo debí hacer con respecto a Brandon fue animarle a la rendición y entregarlo al *sheriff* cuando éste fuera legalmente

nombrado. En lugar de eso lo desafié como si fuese un pistolero cualquiera, le invité a sacar el revólver y luego nos acometimos igual que dos granujas. Ante mis superiores habré perdido todo el crédito de que gozaba, y por lo tanto mi honor me obliga a presentar mi dimisión junto con el informe que debo elevar dando cuenta de los hechos.

Judith movió la cabeza de un lado a otro, desesperada.

—No debe usted hacer eso, señor. Le será fácil exponer las cosas a su modo en ese informe que dice ha de enviar. Y todos lo que han presenciado la pelea le ayudarán con sus declaraciones, si es necesario.

—No —cortó fríamente Slim, mientras se ponía en pie—. Es preciso que diga la verdad.

Adivinaba que detrás de las palabras de Judith había algo Judith sabía que la pelea se había originado precisamente por ella, y deseaba que eso no afectara para nada el buen nombre de Slim. La sensación de estar metido en un asunto en que intervenían secretos impulsos del corazón desorientaban al agente y le hacía sentirse como indefenso y un poco esclavo de las circunstancias. Por eso prefería seguir el camino de la verdad.

—Voy a redactar el informe —dijo—. Ahora mismo.

Fue hacia la barra, donde el dueño del saloon fingía dormitar, y le pidió papel blanco, tinta y pluma. Cuando tuvo todo eso se sentó en una mesa situada al fondo y se puso a escribir sin hacer más caso de Judith. Ésta tuvo la amarga sensación de que Slim volvía a ser el mismo hombre a quien conociera al principio, un hombre frío, indiferente y para quien sólo existían los dictados de su deber.

Quieta, sin dejar de mirarle, permaneció en el mismo sitio hasta que él terminó de escribir. Luego Slim dobló el papel y lo introdujo en un sobre, que cerró cuidadosamente.

Fue en ese momento cuando los batientes fueron empujados desde fuera y entró alguien más en el saloon.

Judith miró a aquel tipo rubio y joven, hercúleo, que era el mismo a quien misteriosamente recibiera Slim a altas horas de la madrugada. Este hombre llevaba dos revólveres colocados un poco hacia delante y muy bajos, a la usanza de los pistoleros. Llevaba las culatas llenas de muescas, y por si ello fuera poco, los puntos de mira de sus armas estaban limados, denotando que su dueño era

hombre habituado a «sacar» rápido y que no podía correr el riesgo de que en uno de los puntos de mira se le enganchara en la funda. La impresión que causaba era enteramente la de un pistolero audaz que a nadie teme y para el que no hay ley digna de ser respetada ni peligro capaz de sobrecoger el ánimo. Por eso era doblemente extraño que Slim lo hubiera recibido tan secretamente, entregándole diez mil dólares.

—¿Y bien…? —interrogó el recién llegado mirando hacia el fondo de la sala, donde aún continuaba sentado el agente.

—He matado a Brandon.

—Y él por poco te mata a ti, ¿no?

—Por poco me mata a mí.

El desconocido sonrió.

—Nunca aprenderás que no hay que esperar a «sacar» cuando el otro ya ha «sacado». En fin, ya sé que no admites consejos de nadie. Te ocurre lo que a mí. Y, bueno… yo he venido tan sólo a decirte que lamento no haber estado en la ciudad, porque de lo contrario te hubiese prestado ayuda.

—Yo no la hubiese admitido. Gracias. Y me harías un favor si dejas de llevar los revólveres de esa manera.

El otro sonrió un poco despectivamente, dio media vuelta y se alejó sin contestar. Judith lo estuvo mirando hasta que los batientes se cerraron a su espalda. Luego se volvió hacia Slim.

—Tiene usted unos amigos muy extraños —murmuró—. ¿Cómo se llama ése?

—No se preocupe ahora por él. Ya lo oirá nombrar.

—Quizá soy impertinente, pero he observado que le trata con una gran confianza.

—Es que somos muy amigos. Mucho.

Se levantó y fue a dirigirse hacia la puerta llevando en la mano el sobre que acababa de cerrar. Pero en ese momento una gran barahúnda de gritos llegó hasta ellos, procedente de la calle. Era una serie inacabable de vítores entre los cuales destacaban estos dos, con una machacona insistencia:

—¡Viva el representante de la ley!

—¡Viva el nuevo *sheriff*!

CAPÍTULO VI

Slim se volvió hacia Judith y preguntó:

—¿Quiere usted hacerme un favor, *miss* Lauren?

—Por supuesto…

—Le entrego esta carta, que me interesa salga hoy mismo en la diligencia. Tenga, por tanto, la bondad de ponerla en manos del encargado del correo.

Era la primera cosa que Slim mandaba a Judith desde que ésta era empleada suya. La muchacha supo que hacía aquello para que ella no pudiera resistirse luego a cobrar su sueldo. Tomó la carta de entre sus dedos y protestó:

—Sabe perfectamente que yo no soy partidaria de que esta carta llegue a su destino.

—Sin embargo, tiene que llegar. Y ya ve si confío en su fidelidad, que la pongo en sus manos. Va dirigida a mi jefe, que se encuentra en Salt Lake City. Él cuidará de transmitirla a Washington.

Judith cerró un momento los ojos.

—Si usted lo ordena así se hará, señor.

Entretanto, el griterío de la calle se había hecho ya estruendoso. Docenas de gargantas aclamaban a grito pelado al que parecía ser el nuevo *sheriff* de Carson City. Las voces se estacionaron ante el saloon y, cuando Slim iba a salir, los batientes se abrieron sin darle tiempo a empujarlos desde dentro. Una verdadera multitud irrumpió en la sala, llevando por delante a un individuo bien vestido a quien otros varios transportaban sobre los hombros.

Era Robert E. Klem.

—¡He aquí al nuevo *sheriff* de Carson City! —gritó con voz estentórea uno de los que iba en cabeza—. ¡Ha sido elegido por su

lealtad y su honradez tantas veces demostradas! ¡Él hará que este infierno se convierta en una ciudad honrada, donde puedan vivir las gentes de bien!

—¡Ahora podrá usted trabajar, Slim! —gritó otra voz—. ¡Todos los forajidos podrán ser arrestados legalmente!

Los que llevaban a Robert E. Klem sobre sus hombros lo dejaron al fin en tierra y prorrumpieron en nuevos gritos de entusiasmo. El ambiente era de verdadera alegría, y todo parecía demostrar que la parte honrada de la población de Carson City sentía colmadas sus ilusiones tras la elección de Robert E. Klem, un hombre que debía gozar del respeto y la admiración de todos los ciudadanos. Judith misma estuvo a punto de lanzar un grito de alegría, porque aquel hombre la había ayudado en los días peores de su vida y había tratado de ayudarla cuando al salir de la prisión, ella se enfrentó a su negro porvenir. Pero al ver el rostro que en estos momentos tenía Slim, se quedó helada.

Parecía como si por los ojos del agente especial hubiese pasado una sombra. Sus labios estaban apretados en una mueca que no se sabía si era de decepción o de odio, y en su frente habitualmente tan tersa se marcaba ahora una profunda arruga.

Robert E. Klem también miró a Slim, pero en vez de acudir a saludarle como parecía normal entre colegas, desvió sus ojos y pareció no darse por enterado de la presencia del agente. Fue en ese momento cuando Judith recordó las palabras que Slim había pronunciado: «El honorable Klem y yo no somos amigos». Pero entonces, ¿por qué le había dado una carta de recomendación para él? ¿Qué clase de misterio unía y distanciaba a la vez a aquellos dos seres tan extraños?

Fue Slim el primero que rompió a hablar, mirando al nuevo *sheriff*:

—Me alegra que haya sido usted distinguido con ese cargo, honorable Klem. Pero ¿quiere decirme cómo va a simultanear sus nuevas funciones con las de director de la prisión?

—¡El honorable Klem había solicitado la excedencia de su cargo! —se apresuró a contestar una voz—. ¡No quería ser elegido, pero nuestra voluntad ha sido unánime!

Slim lanzó una carcajada seca, violenta, que extrañó a Judith por los ecos hostiles de que estuvo cargada.

—¡Eso es una estupidez! —gritó—. ¡Un hombre como el honorable Klem no puede ser jamás el *sheriff* de una ciudad como Carson City!

Klem no contestó. Había visto a Judith, y le dirigió una lejana sonrisa. Luego miró hacia otro sitio.

—¿Por qué? —preguntó uno de los miembros de la Junta de Vecinos, adelantando dos pasos—. ¿Es capaz de decirnos por qué el honorable Klem no puede ser *sheriff* de Carson City?

—Es demasiado viejo —arguyó Slim. Pero en el tono de su voz no había convicción. Más bien daba la sensación de que no quería que Klem fuese el *sheriff* por alguna razón oculta, razón que desde luego no pensaba exponer.

Judith pensó que entre los dos hombres existía odio, y eso le pareció doblemente extraño dada su diferencia de edad, ya que no era lógico suponer que se hubiesen peleado jamás por un cargo, por una mujer ni por una cuestión de interés. Generalmente, las peleas se producen entre individuos de una misma generación, y Judith sabía bien eso.

—No soy tan viejo como parezco —declaró por fin Klem, interviniendo en aquella conversación que tan directamente le afectaba—. Lo que un *sheriff* necesita es honradez e integridad, puesto que las misiones violentas pueden ser encomendadas a sus agentes más jóvenes. Y esas dos virtudes creo poseerlas, como usted sabe, señor Slim.

Recalcó lo de «señor Slim» con una especial sorna. Hubo un «oh» entre los que presenciaban la escena.

—Me gustaría saber qué es lo que tiene usted contra el honorable Klem —saltó una voz.

—Y a mí.

—¡Y a mí!

Las voces aumentaron. Fue el mismo Klem quien impuso a todos silencio con un ademán de sus brazos.

—Todo el mundo es libre de exponer su opinión —dijo—, y el señor Slim no ha hecho más que exponer la suya. Tiene perfecto derecho a ello. Yo mismo reconozco que mis condiciones personales no son las más típicas de un *sheriff*, y por eso me he resistido a la elección. Pero ya que se me ha atribuido el cargo, sabré desempeñarlo como el mejor. ¿O es que tiene usted algún motivo

especial para dudarlo, señor Slim?

Había cierto dolor en la voz del hombre. Judith se sorprendió al advertir la furiosa mirada que bailaba en los ojos de Slim. Pero sus sorpresas no habían hecho más que comenzar.

Un hombre rubio y de ojos negros se destacó de entre la muchedumbre y se acercó parsimoniosamente hasta colocarse entre Robert E. Klem y el agente especial, mirándolos alternativamente a los dos. Por si Judith no hubiera advertido ya bastantes detalles reveladores en aquel hombre, su modo un poco achulado la hubieran convencido de que se trataba de un pistolero, y no precisamente de los más inexpertos.

Ese hombre posó al fin sus ojos sobre Slim y dijo, mientras en sus labios aleteaba una sonrisa irónica:

—Yo estoy muy satisfecho de que para el cargo se haya nombrado al honorable Klem. ¿Por qué tú no?

—No te metas en esto —barbotó, de mala gana, Slim—. No te conviene.

—Yo también tengo derecho a exponer mi opinión, ¿verdad, honorable Klem? —sonrió aquel hombre—. Y mi opinión es que por fin tenemos un *sheriff* digno de confianza. Una nueva era de prosperidad va a llegar para Carson City.

Klem se mordió los labios.

—Yo opino como Slim que este asunto no es de su incumbencia, señor —manifestó mirando al joven—. Y celebraré que usted y todo el mundo en general, guarden el orden debido para no tener que obligarme a emplear medidas de violencia.

El hombre no se inmutó por aquellas palabras, que tenían todo el aspecto de una advertencia claramente dirigida a él. Por el contrario, sonrió con una cierta expresión de suficiencia.

—Le prometo que no habrá motivos para intranquilizarse en la ciudad, *sheriff*.

Aparentemente aquellos tres seres no se decían nada insultante ni manifestaban una abierta hostilidad. Por el contrario, parecían tener interés en guardar unas notables formas externas de cortesía. Pero el sentido femenino de Judith advirtió a ésta que entre aquellos tres hombres existía planteada una sorda lucha, y que con cada una de sus palabras estaba a punto de saltar al aire una sorda pasión que los tres se esforzaban en mantener dormida.

—Farrell —dio Slim en voz baja al provocador, que era quien la noche anterior recibiera de él los diez mil dólares—, me gustaría que prometieras que harás todo lo posible para que en Carson City no se turbe la paz.

—¿Y eso a ti qué te importa? —contestó el llamado Farrell, con cierta violencia.

Lo numerosos espectadores que tenía la escena seguían esta conversación con creciente interés, aunque sin duda entendían tan poco de su significado como la misma Judith. Se notaba esto por las expresiones de estupor que había en casi todos los rostros.

—Dejemos esta conversación estúpida —cortó el *sheriff*—. ¿Para qué seguir hablando de cosas que no conducen a nada? Vamos a dar por resuelta esta insignificante cuestión y a celebrar con unas copas el que la ciudad tenga un nuevo representante de la ley.

Era clara su intención de distraer a todos para que cesase aquella encubierta pugna que debía herirle o molestarle profundamente. Y la referencia a «las copas» hizo que enseguida se levantasen unos cuantos murmullos de entusiasta aprobación. Pero Slim parecía no estar decidido a dar aquello por terminado y así dijo:

—Nadie quería aceptar la estrella en Carson City y usted se la ha dejado prender del pecho, honorable Klem. ¿Por qué no renuncia, ahora que todavía no ha empezado a ejercer las funciones de su cargo?

—Eso sería una cobardía —respondió, secamente el ex director de la prisión.

—Justamente, una cobardía —apoyó Farrell.

—A ti tengo otra cosa que decirte —susurró Slim—. ¿Ves aquella fila de seis botellas vacías?

—Claro que sí.

El agente extrajo su revólver y, en medio del mayor silencio, repuso en el cilindro los proyectiles que faltaban. Luego, casi sin apuntar, amartillando con movimientos fulminantes de su mano izquierda, disparó seis veces e hizo saltar limpiamente los golletes de las seis botellas, que estaban en el fondo del saloon y a una respetable distancia. Un murmullo de asombro coreó la inesperada hazaña.

—Trata de reventar esas mismas botellas por la base, Farrell —

invitó ahora Slim.

—Con mucho gusto.

El tiro acertando a la base de las botellas era bastante más fácil que el que había ensayado Slim, acertando a los golletes. Pero, aun así, si se quería reventar los seis blancos con aquella rapidez y aquella elegancia, era necesario poseer cualidades de tirador excepcional. Farrell inspiró aire fuertemente, apuntó y empezó a disparar. Sus primeros cinco tiros fueron fantásticos y acabaron con cinco botellas, pero el sexto, por una ligerísima desviación de su pulso, falló. Pese a esto los disparos habían sido admirables, y la concurrencia los premió con un murmullo de aprobación. Farrell, sin embargo, no parecía estar demasiado satisfecho, porque se mordió los labios con gesto de contrariedad, casi de rabia.

—Sabes demasiado bien que de nada sirve acertar cinco blancos si se falla el último —sugirió Slim suavemente—. Y eso es todo lo que tenía que decirte, Farrell.

Enfundó su revólver bruscamente y trató de llegar hasta la puerta. El honorable Klem le detuvo con un movimiento de su brazo.

—¿No va a beber con nosotros, señor Slim?

—Tengo cosas más importantes que hacer. Muchas gracias.

Klem no se ofendió por la seca negativa.

—De todos modos, estoy encantado de trabajar con usted, Slim. Y celebro que seamos colegas.

Le tendió la mano. Slim simuló que no la veía.

—¡Márchese de aquí, por Dios! —apremió sordamente, casi sin voz—. ¡Márchese!

Volvió la espalda rápidamente y avanzó en línea recta hacia la puerta, sin permitir que nadie más le detuviera. Judith dirigió una mirada a Klem, vio que éste tenía los ojos bajos y, tras vacilar un instante, salió a la calle en seguimiento de Slim. Un murmullo de admiración la siguió mientras pasaba junto a los hombres, que contemplaron con ojos ávidos la perfección de su figura.

Slim estaba acariciando el cuello de su caballo, disponiéndose para partir. Judith se acercó a él.

—No he entendido nada de todo esto, señor. Absolutamente nada.

—No tiene ninguna necesidad de entenderlo.

—Pero ¿por qué son enemigos usted y el honorable Klem? Producía una sensación extraña, mezcla de risa y de pena, verlos a los dos tratando de decir algo que no sabían cómo decir. Me ha causado la impresión de que se entendían con los ojos más que con las palabras. ¿Y por qué ha intervenido Farrell? ¿Qué tiene él que ver con todo esto?

Slim, antes de montar a caballo, miró a la muchacha durante unos instantes.

—Pregunta usted demasiado, *miss* Lauren. Y eso nunca ha sido sano en esta parte del Oeste.

Montó dificultosamente, pues no podía mover bien su pierna herida. Judith vio que por ésta resbalaba un hilillo de sangre.

—¿Vuelve usted a casa? —preguntó.

—Sí. Ya he visto aquí todo lo que tenía que ver.

—En tal caso, le seguiré dentro de unos instantes. Voy tan sólo a ocuparme de que esta carta alcance la primera diligencia.

—Hágalo. Muchas gracias.

Picó espuelas suavemente y emprendió el trote corto en dirección a la salida de la ciudad. Judith fue caminando hasta la casa de postas, que estaba a unos trescientos metros de distancia. Por el camino escuchó silbidos de admiración y hasta algunos gritos de entusiasmo por parte de los primeros borrachos.

La casa de postas estaba sumida en penumbra. Los rayos de sol penetraban oblicuamente hasta la ventanilla del empleado de turno, pero más allá había una gran sala donde sólo se veía moverse a algunas sombras inconcretas de individuos que esperaban la diligencia, Judith se dirigió rectamente a la ventanilla y depositó la carta.

—Un dólar —dijo el empleado.

Judith le pagó.

—Gracias, guapa.

Iba ya a marcharse cuando una manaza se posó sobre su hombro. Era una manaza peluda y con aspecto de zarpa. Judith giró violentamente y pudo ver muy cerca de ella el rostro brutal y los ojos desorbitados de un borracho.

—Eres muy guapa, nena. Nunca había visto una mujer tan preciosa como tú.

—¿No? Pues bebe otro par de copas y te pareceré más preciosa

todavía. ¡Apártate, borracho!

El borracho no se apartó. Al contrario, se puso aún un poco más pegajoso.

—No te marcharás sin dar un besito a Lucket.

Judith estuvo tentada de levantar una mano y abofetear a aquel hombre, pero se contuvo por un cierto sentimiento de delicadeza. Sentimiento que el borracho no supo agradecer.

—¡Ven aquí, preciosa!

La sujetó brutalmente por un brazo y la atrajo hacia sí. Judith chilló, pero no pudo esquivar los dos zarpazos consecutivos del hombre. Antes de que pudiera darse cuenta exacta de lo sucedido, estaba ya debatiéndose contra su pecho, mientras unos labios que hedían a alcohol se aproximaban a los suyos.

Y aquel hombre iba a besarla cuando desde el fondo de la penumbra que envolvía la sala surgió una voz:

—Suéltala, Lucket.

El borracho se estremeció, pero mucho más aún se estremeció Judith. ¡Porque ella conocía aquella voz! Porque era la voz de ¡Mike Rotterdam!

* * *

Judith estaba ya pálida como una muerta cuando resonaron aquellos pasos al fondo de la sala. Unos pasos lentos y solemnes, como si fuese la misma Muerte la que se aproximaba hacia la puerta.

Y la luz dio de lleno en el rostro de Mike Rotterdam.

No había cambiado mucho en tres años. Tal vez su piel era un poco más morena y su sonrisa un poco más cínica, pero ahí terminaba todo. Vestía igual que cuando ella lo conoció, con cierta estudiada elegancia, usaba guantes y colocaba las manos de la misma forma suave sobre las culatas de los revólveres.

—Hola, Judith.

Su mirada la recorrió de arriba abajo, analizando todos los detalles. Sus labios se entreabrieron en una sonrisa de admiración.

—Estás mucho más guapa que antes. Y te veo mucho más mujer. ¿No me dices nada?

Judith sintió una crispación en la garganta. Sintió como si algo le pinchara dentro, muy dentro de los ojos.

Allí estaba Mike Rotterdam. Allí estaba el hombre al cual había pertenecido, a quien entregó su amor, su juventud, su inocencia, su belleza. Allí estaba el hombre que hizo de la muchacha una mujer, el que la convirtió en madre, el que la envió a presidio. Mike Rotterdam. Allí estaba con su camisa adornada, como siempre, sus guantes de fina piel, sus revólveres de fina plata labrada. Hacía rechinar las espuelas agresivamente, y era para Judith como si un pasado al que creyó poder olvidar, al que quiso enterrar para siempre en las profundidades de su memoria, hubiese vuelto con más pujanza que en los días pretéritos, con más crueldad. Supo que Mike Rotterdam quería romper con sus puños y sus revólveres aquella barrera que les separó durante tres años.

—¿No me dices nada, guapa?

¡Aquella voz! ¡Aquella misma voz un poco achulada, un poco burlona, que la había acompañado en los peores días de su vida! ¡Aquella mirada que atravesaba sus ropas! ¡Y aquellas manos que la habían acariciado para destrozarla y que ahora volvían a acercarse a ella!

—¡Nooo! —chilló sin darse cuenta—. ¡Nooo!

Mike dio un salto, la sujetó por el cuello y la arrojó brutalmente contra la pared del fondo. De entre la penumbra brotaron unas secas carcajadas, lanzadas sin duda alguna por los miembros de la banda. El borracho se tambaleó, a punto de sacar el revólver.

—¡Oye, tú…! —pudo articular.

—¿Qué quieres? ¿Te gusta la chica? —rió, cínicamente, Mike.

—¡Sí! ¡Y la trataré mejor que tú, granuja!

Fue a «sacar», cegado por la borrachera, pero Mike no le dio tiempo siquiera a empuñar el revólver. Fríamente, y sin conceder a su enemigo la menor oportunidad, disparó a través de la funda, y su tiro bajo le atravesó el vientre. Había sido un disparo a matar y hecho a bocajarro, sin la menor compasión. Judith lanzó un breve grito al ver caer al hombre que había intentado besarla.

Mike ni siquiera esperó a que el cuerpo se estrellase contra el suelo. Dio media vuelta y se encaró con Judith.

—Eso mismo ocurrirá a todos los que traten de acercarse a ti. Tú eres mía, ¿me entiendes? ¡Mía!

La sujetó por el vestido, desgarrándoselo, y la puso en pie. Al contacto de sus manos Judith sintió desvanecerse su miedo de

repente, y por el contrario el asco que sentía hizo brotar en ella un rabioso deseo de luchar. Apartó secamente los dedos del hombre, empujando violentamente y con todas sus fuerzas, y por inercia fue a parar contra la pared que tenía a su espalda. Desde allí masculló con acento del más hondo desprecio:

—¡Cobarde!

—Estás muy agresiva, nena. ¿Lo haces porque crees contar con la ayuda de ese buey manso de Slim?

Judith se estremeció, viendo el cuerpo retorcido del borracho. Por su culpa Slim podía morir también…

—No me protege nadie. Y en cuanto a ese Slim de que hablas no tiene nada que ver conmigo.

—¿No? Llevo aquí un día, preciosa, y sé lo que ocurre en Carson City. Te has dejado ver con él, y últimamente ha luchado por tu causa. Pero, mira, yo soy un hombre generoso y voy a darte un consejo: lárgate conmigo y olvidaré a Slim. De lo contrario, puede que me ponga un poco nervioso y le agujeree la piel, como a éste…

Judith volvió a mirar al borracho. Todos sus músculos sufrieron una sacudida.

—¡No me iré contigo jamás! ¿Me oyes? ¡Jamás! ¡Jamás! ¡Ni aunque me cueste la vida!

Ahogando un gemido, dio media vuelta con increíble rapidez y corrió hacia la puerta. Su movimiento fue tan rápido que Mike no acertó a detenerla, añadiéndose a esto que no era tan ágil como la muchacha. Se mordió los labios con rabia, y luego, como si de repente hubiese encontrado divertida aquella situación, lanzó una sonora carcajada.

—¡No podrás escapar, pequeña estúpida! —rió—. ¡Ni ese loco de Slim podrá defenderte cuando mis hombres lo acorralen! ¡Pronto seré el rey de Carson City y tú te habrás convertido en mi esclava…!

CAPÍTULO VII

Judith reunió las tres hojas y las entregó a Slim.

—Ya está todo terminado, señor.

—¿Ha copiado íntegramente la hoja?

—Sí, señor.

Slim dirigió una mirada a la escritura. Era de una caligrafía redonda, agradable y cuidada, pero de todos modos había algunos rasgos que le llamaron la atención.

—¿Está usted nerviosa, *miss* Lauren?

—No. ¿Por qué?

—Lo digo por algunos trazos. Aquí, por ejemplo, ha estado a punto de rasgar el papel. ¿Ocurrió algo desagradable ayer, durante el tiempo que usted necesitó para despachar aquella carta?

Judith tuvo que desviar la mirada para no delatarse.

—Nada.

—Está bien. Le ruego perdone esa pregunta, que ha sido innecesaria y un poco indiscreta. Tiene usted razón al sentirse nerviosa, pues es evidente que desea ver a su hija. ¿Querrá ahora aceptar su salario y marchar a recogerla?

Judith sintió que algo se encogía en su corazón. Mike Rotterdam en Carson City. Si ella salía de aquella casa estaba completamente perdida.

—Lógicamente será mejor que esperemos hasta fin de mes, señor…

Calló de repente. Ella no significaba nada más que un peligro para Slim. En cambio, si se alejaba de allí, él ya no correría más riesgos. Sin atreverse a mirarle, dijo:

—Tal vez tenga usted razón, señor. Posiblemente sea mejor hacerle caso.

—No sabe cuánto me alegro —repuso Slim, tratando de disimular su profunda tristeza—. A veces, Judith…, y perdone si hablo así…, me parece increíble que tenga usted una hija. Me parece incluso imposible que sea usted ya una mujer a quien la vida no puede enseñar nada. Comprendo que decir esto no tiene ninguna utilidad, y que podía ahorrarme estas palabras. Pero es que usted me sorprende, Judith. Es como un enigma que la existencia me hubiera puesto delante de los ojos.

La mujer desvió los ojos.

—Usted también me sorprende, señor. Cuando me recibió en su despacho no creí que fuese un ser humano. Y en cambio ahora me demuestra aprecio, se preocupa por mis problemas y hasta ha arriesgado su vida por defenderme. Si hubiera de señalar en el mundo a una persona cuyo carácter me resulte incomprensible, esa persona sería usted.

Slim llegó hasta la ventana de la habitación, con las manos en los bolsillos. No caminaba aún muy bien, pero su poderosa naturaleza se había sobrepuesto a la herida, y su firme voluntad de seguir en pie hacía el resto. Llevaba ropas de vaquero y, en la funda, encajado su negro «Colt» 45.

—Quizá en el fondo sea un sentimental, Judith. Un vulgar sentimental que busca ocultar su verdadero carácter bajo una máscara de cinismo o de rudeza. Y quizá esta farsa de mi carácter sea una imagen de la farsa de mi vida entera yo, el agente especial del Gobierno, el abogado Slim, el hombre que había de imponer la ley en Carson City, no soy más que un pistolero. Siento a veces como si este «Colt» 45 formara parte de mi cuerpo, y cada vez que muevo la mano noto misteriosamente que tengo necesidad de él. A veces pienso que nací para reventar cosido a balazos en la pradera y no para ejercer un pacífico cargo en una ciudad.

—¿Pacífico cargo? —dijo, incrédulamente, Judith—. ¿Llama usted paz a todo lo que ha estado viviendo hasta ahora? ¿Qué es lo que tiene que ocurrir para que usted crea estar en guerra? ¿Tiene que hundirse Nevada?

Slim sonrió tristemente, sin volverse a mirarla.

—Estoy coartado por una serie de disposiciones legales. Por ejemplo, lo que sucedió ayer es un escándalo que nunca debí provocar, y ello me obliga a presentar mi dimisión. Si yo pudiera

enfrentarme en un duelo a muerte con los tres o cuatro forajidos que dominan Carson City, la ciudad cambiaría por completo.

En contra de su voluntad, Judith se estremeció.

—Slim, no lo hagas.

—¿No? ¿Por qué? Y en realidad, ¿a ti qué te importa?

Su actitud había cambiado de repente, y volvía a ser distante y fría. Judith, de cuyo corazón había brotado aquel «no lo hagas» sin apenas darse cuenta, se estremeció al mirar al hombre. Y su instinto adivinó que en él también había ocurrido algo, y que Slim trataba de disimular con su rudeza otros sentimientos que le atormentaban y que se iban adueñando de su voluntad. El sexto sentido de Judith que como todas las mujeres tenía para captar las situaciones tensas y para descubrir los sentimientos más ocultos, le avisó en aquel momento de que el ambiente estaba cargado de fuerza magnética. Sintió vibrar la pasión en los músculos del hombre, en su piel, en la línea recta que formaban sus labios. Y ella notó a su vez cómo su corazón latía de una forma sorda, que le hacía daño. Estuvo a punto de alzar el rostro y de mirar al hombre entreabriendo los labios, como una muda invitación. Pero existía Mike Rotterdam.

Todo sería mucho peor si ambos llegaban a enamorarse. Ella aún no había demostrado que no era una asesina. Además, había sido engañada por otro hombre. Tenía una hija que era también la carne de Mike, el perro más traidor que jamás pisó la tierra de Nevada. Y Mike mataría sin piedad a Slim si llegaba a sospechar que ella había caído en sus brazos.

—Lo que pueda ocurrir no debe importarme nada —susurró—. Estamos demasiado alejados para eso.

Notaba en su rostro la mirada del hombre. Notaba que aquella mirada iba recorriendo su cabello, sus hombros, su garganta. La notaba como una cosa viva y caliente que entrase en su cuerpo para infundirle valor. Comprendió que no podía seguir resistiendo aquélla, sin hacer algo de lo que luego habría de arrepentirse, y se levantó del asiento para salir de la habitación.

Si quería llegar a la puerta tenía que pasar junto a Slim. Éste permanecía quieto.

Y, de repente, se movió.

Fue acaso como una sacudida, como un movimiento reflejo en el que participaron todos sus músculos. Igual que si su voluntad no

hubiese intervenido para nada en aquello, sino tan sólo la voz de su sangre. Besó a Judith. Y de repente, sin poder contenerse, ella se puso a llorar.

Las lágrimas notaron de sus ojos con doloroso ímpetu. Sus labios de doblaron en una trágica mueca de tristeza, y sus brazos, que apresaban el cuello de Slim, se aflojaron.

—¿Cómo es posible que aquello sucediera? —musitó Slim a su oído, como en una plegaria—. ¿Cómo pudo engañarte Mike, ese miserable? ¿Y por qué no quiso el destino que fuera él quien hubiese de destrozar tu vida? ¡Oh, Judith, todo esto es demasiado cruel, demasiado maldito para ser creído! ¡Todo esto es como una terrible pesadilla de la que los dos hubiéramos de despertar!

Judith se desasió suavemente de él.

—Yo era muy niña entonces. No sabía exactamente lo que era el Bien y el Mal, ni sabía diferenciar a los hombres de los chacales que aúllan en el desierto. Caí en las garras de Mike como debieron caer muchas otras. ¡Y te juro que yo creía ser su legítima esposa! ¡Te juro que toda la ceremonia tuvo el aspecto de algo perfectamente legal!

Él la volvió a estrechar con redoblada fuerza, evitando que se alejara.

—Te creo, Judith, y de nada te culpo. Sólo siento el dolor de saber que perteneciste a otro. El dolor de saber que siempre existirá una sombra negra entre los dos.

—Entre los dos no puede existir nada —musitó débilmente Judith—. No puede existir nada porque no hemos nacido el uno para el otro.

Él la apartó bruscamente. Sus facciones volvieron a endurecerse y nuevamente pareció que estaban talladas en piedra.

—¿Qué dices, Judith?

—Yo no soy la mujer a que tú tienes derecho.

—Tonterías —rió, secamente él—. Todo es una tontería ante esta solemne y dolorosa verdad: ¡te quiero! Y sé que te quiero porque primero he intentado odiarte. Porque he querido después alejarte de mis pensamientos y de mi vida, ahogando en indiferencia lo que empezaba a sentir cada vez que te veía ante mí. ¡Porque no consentiré que vuelvas a tu vida anterior, Judith! Por eso sé que te quiero… ¡porque no me importaría dar la vida si con

ello hubiera de salvarte a ti!

Judith echó un poco la cabeza hacia atrás, mirándole. Aquello no era posible, no tenía fundamento; era como un extraño y delicioso sueño del que de un momento a otro había de despertar. Apretó los labios y quiso rehuir por última vez el abrazo del hombre. Pero antes de que pudiera intentarlo, se encontró de nuevo junto a él.

Y fue entonces cuando aquella voz dijo:

—Preciosa escena, hermanos…

Los dos se volvieron al mismo tiempo, para mirar hacia el jardín a través de la abierta ventana. Slim no trató de usar su revólver porque supuso, con razón, que el que había hablado le estaría apuntando ya. Judith ahogó un grito al reconocer la voz.

Era Mike Rotterdam.

No venía solo, pues se había acostumbrado a la protección de su cuadrilla y ya no sabía prescindir de ella. Además, supuso que la vivienda del agente especial estaría protegida de algún modo, cosa que no era cierta. Manifestó su sorpresa a continuación, al decir con sorna:

—Creí que podría usted pagar algún guardián, Slim. Esto sólo estaba guardado por una vieja criada a la que hemos acogotado ya…

El agente separó de sí a Judith, con mucha suavidad. Vio a cinco hombres alineados en el jardín ante él, uno de los cuales era Mike Rotterdam. Sus guardaespaldas le custodiaban, dos a cada lado, con las armas ya a punto. Seguían todos sus movimientos con los dedos en los gatillos y sonrisas de superioridad o de burla en los labios. La presa no se les podía escapar.

—¿Qué buscas, Mike Rotterdam? —inquirió Slim, fríamente.

—Ajustar cuenta, hermano.

—¿Hablas de los tres hombres de tu banda a quienes maté?

—Hablo por eso y por otra cosa.

Slim se mordió los labios.

—Dila.

—No me gusta que nadie ponga su marca en las reses que yo he marcado con mi hierro.

Los músculos del cuello de Slim sufrieron una sacudida. Movió los labios y escupió al rostro de Mike, alcanzándole a pesar de la

distancia. El forajido lanzó una maldición mientras extraía su revólver, loco de ira. Sus cuatro secuaces dispararon casi al mismo tiempo, y las detonaciones resonaron en la casa como si ésta fuera una inmensa caja vacía.

Pero Slim ya sabía que aquello iba a suceder. Sabía que era inevitable, y se había arrojado sobre Judith a un lado de la ventana.

Los dos desaparecieron a la vista de los forajidos, mientras el plomo caliente hacía estremecer el aire. Cayeron al suelo, pero así como Judith quedó quieta porque Slim mismo la inmovilizó con uno de sus brazos, el agente extrajo su revólver negro y se enderezó con la velocidad de un relámpago. Hizo fuego a través de la ventana cuando uno de los forajidos iba a tomar posiciones, y le atravesó de parte a parte la cabeza.

Mike Rotterdam lanzó una maldición.

—¡Entrad por las puertas y por las otras ventanas! ¡Hay que acorralarle!

Slim sonriendo tranquilamente, como si aquello no le importara nada, hizo una seña a Judith para que se ocultara tras una de las butacas. La muchacha, aterrorizada, obedeció. Él se puso en cuclillas en el suelo, dispuesto a esperar.

La habitación tenía una única ventana y una puerta que daba al vestíbulo, de modo que los disparos sólo podían venir por aquellos dos sitios. Seguramente por ambos a la vez, porque Mike Rotterdam tenía mucha experiencia en situaciones semejantes y sabía cómo debía de actuar. Aunque Slim no podía vigilar bien los dos sitios simultáneamente, se prometió que, al menos, el primero que asomase la cabeza le acompañaría en el viaje al valle de Josafat.

Dirigió una rápida mirada a Judith y vio que por el momento estaba segura. Eso era lo más importante para él, y de improviso se sintió tan tranquilo como si le hubiesen invitado a presenciar un rodeo en una pacífica tarde de verano.

En el curso de su turbulenta vida había afrontado muchas situaciones como aquélla, ciertamente formaban ya legión en su memoria, pese a lo cual aún seguía vivo. Y los hombres contra los que había enviado plomo hirviendo en momentos semejantes formaban también legión en las fronteras del Más Allá.

Su sangre de pistolero nato, de hombre cuyo corazón ansiaba pelear, ardió en sus arterias. Un gozo indefinible, una alegría

frenética y un poco salvaje, que no era capaz de explicarse, le embargaban ahora. Toda su vitalidad se volcaba en la lucha, y todos sus músculos estaban sedientos de acción. Sentía como si el revólver formase parte de su mano misma.

—¡Está bien, Rotterdam! ¡Ven a buscarme!

No vino a buscarle Rotterdam, sino como era de esperar, uno de sus secuaces. Éste avanzó hasta la ventana, protegido por el fuego de sus compañeros, y asomó la cabeza. Logró disparar, pero su frente estaba ya atravesada por dos balas cuando, con un inútil movimiento reflejo, pudo apretar el gatillo.

—¡Sólo te quedan dos gorilas, Rotterdam! ¡Date prisa en acabar conmigo, antes de que haga liquidación total de existencias!

Mike lanzó un rugido.

—¡Ríndete, maldito, o incendiaré la casa!

—¡Incéndiala, valiente!

Nueva maldición de Rotterdam y una madera que cruje en el vestíbulo. Slim estaba con todos los nervios en tensión y quiero igual que un gato a punto de saltar. Supo exactamente dónde estaba su enemigo y qué era lo que pretendía hacer. La voz de Mike trató de distraerle.

—¡Estás perdido! ¡No lograrás salir vivo de aquí!

Slim no contestó, adivinaba la maniobra. Con todos los músculos en tensión, esperó a que el crujido de la madera se repitiese. Y se repitió junto a la misma puerta. Slim rechinó los dientes, mientras acariciaba el gatillo.

El forajido pasó como un meteoro ante el hueco de la puerta, disparando contra el lugar donde suponía se encontraba Slim. Se equivocó por muy poco, ya que la bala quedó empotrada en la pared en la pared a unos centímetros de la cabeza del agente. Éste estaba ya prevenido e hizo fuego dos veces cuando aquella figura pasó volando de un lado a otro de la puerta. Supo que había hecho blanco.

Cuando el forajido cayó, tras su rápido vuelo, tenía ya una bala clavada junto al corazón. Se estremeció, tratando de llevarse la mano a la herida, y el mismo estremecimiento hizo que la bala se moviese para acabar con él. Judith vio sus piernas inmóviles junto a la puerta, y lanzó un chillido de horror.

Pero Slim sabía que la acción de sus enemigos iba a ser

simultánea. Cuando sonasen los disparos junto a la puerta, alguien tenía que asomar forzosamente por la ventana para aprovechar su distracción y rematarle impunemente. Eso era lo que haría, al menos, un hombre listo. Y Rotterdam no resultaba precisamente un tonto.

El último de sus secuaces asomó medio cuerpo por la ventana mientras Slim, puesto en cuclillas, cambiaba de lugar mediante un rápido salto. Pero cuando el forajido quiso retirarse, al darse cuenta que le habían fallado los disparos, no tuvo tiempo. Slim le clavó una bala bajo el cuello, enviándole sin sufrir a las regiones misteriosas del Más Allá.

Ya sólo quedaba Milke Rotterdam.

Slim se puso en pie y recargó su revólver con movimientos tranquilos, sin precipitarse. Ahora que tenía el triunfo al alcance de la mano no podía exponerse a cometer una imprudencia. Judith se arrastró ansiosamente, hasta llegar junto a él.

—¡Déjale huir! ¡No puedes exponerte a luchar con él! ¡No puedes!

Slim sonrió tristemente, mirándola quieta a sus pies.

—¿Tan invencible consideras a ese hombre?

—¡No es un hombre, es un demonio, Slim! ¡Te matará!

El agente especial echó a andar hacia la ventana. Pareció como si fuera a parapetarse tras ella, pero de repente hizo algo muy extraño. El ritmo de sus movimientos cambió en fracciones de segundo, y de suaves y estudiados pasaron a ser frenéticos. Con la agilidad de una pantera se lanzó hacia la ventana y saltó por ella al jardín. Mike Rotterdam, que le esperaba, lanzó un rugido.

Dos balazos restallaron en el aire, uno por cada lado. Los dos se perdieron por exceso de nervios. Y Slim, que era quien se hallaba en situación más precaria, empezó a rodar sobre la hierba, buscando guarecerse tras unos arbustos cercanos.

Mike vio rodar a su enemigo, comprendió que si tiraba a ciegas no acertaría nunca, dada su extraordinaria agilidad. Y trató de mantenerse sereno. Apuntó fríamente hacia los arbustos que trataba de alcanzar Slim, y en el momento oportuno hizo fuego.

La bala salió, pero fue a empotrarse en tierra. Slim, que parecía haber adivinado sus pensamientos, había cambiado de táctica repentinamente, quedándose quieto como un poste de la pradera.

Disparó, apoyando un codo en el suelo, y sólo logró acertar la mano de Mike Rotterdam. Éste sintió un insufrible dolor, como si el revólver se hubiese clavado entre sus dedos. Y, en efecto, la bala le había destrozado parte de la mano, haciendo que penetrasen bajo su piel esquirlas de metal de la culata.

Para Slim hubiese sido muy fácil matarle en aquel momento, pero creyó que no valía la pena precipitarse demasiado. Y un solo segundo bastó a Mike Rotterdam para dar un salto felino y perderse entre los árboles próximos a la cerca del jardín. Allí le aguardaba un caballo, en el que debió montar de un salto, porque enseguida se oyó un relincho y una maldición. Slim se puso en pie y echó a correr como un loco hacia aquellos árboles.

No llegó a tiempo. Rotterdam partía ya al galope a través de la zona de vegetación. Slim le vio durante unos segundos entre los árboles y disparó dos veces, mas las balas se estrellaron contra los troncos.

—¡Perra suerte! —masculló—. No habrá ya quien dé alcance a ese canalla.

Podía perseguirle a caballo, desde luego, pero tenía que volver a la casa para sacar su animal de la cuadra contigua. Perdería en eso unos minutos, durante los cuales Rotterdam lograría considerable ventaja. Y Slim sabía por experiencia que tratar de alcanzar a un jinete con disparos de arma corta es una aventura en la que frecuentemente se fracasa. Con un suspiro de resignación, guardó el revólver en la funda.

Entonces oyó pasos precipitados a su espalda. Se volvió y pudo contemplar a Judith.

En el rostro de la muchacha había una excitación que la hacía más hermosa, y sus rápidos movimientos hacían tan patente la maravillosa belleza de su juventud que Slim hubo de desviar la mirada. Porque no hubiese resistido la tentación de abrazarla, y aquél era un momento demasiado inoportuno para dedicarse a eso.

—¿Ha huido? —suspiró ella, tratando de dominar el ritmo regular de su respiración.

—Sí. E imagino que ahora se largará de la comarca.

—¡Irse! ¡Irse lejos de aquí! ¡Dios mío, eso es demasiado hermoso para que pueda ser cierto!

—¿Quién sabe lo que hará? Puede irse… o puede quedarse —

murmuró Slim filosóficamente—. Pero por lo menos su banda ya no le va a servir de mucho…

Dio media vuelta y, seguido de la muchacha, volvió a la pequeña explanada que el jardín formaba ante la fachada principal de la casa. Saltó por la ventana y vio los cadáveres tendidos en el interior. Luego los de fuera. En total, cuatro hombres habían muerto aquella mañana. Y ahora más que nunca, Slim sentía como si el revólver formase parte de su ser.

Tuvo un acceso de rabia y lo lanzó al suelo. Judith lo miró, perpleja, sin comprender.

—¿Qué te ocurre?

—Es el revólver, esa maldita arma. Es como si estuviera satisfecha de la matanza…

Se llevó la mano a la frente y susurró:

—Durante toda mi vida he tratado de luchar contra eso, pero en el fondo de la sangre llevo la maldición de mi familia. No soy más que un pistolero…

CAPÍTULO VIII

Había transcurrido una semana. Durante ese tiempo, en Carson City ocurrieron bastantes cosas. Por ejemplo:

Dos atracos.

Cinco asesinatos.

El rapto de una hermosa y rica heredera.

El incendio de la oficina del *sheriff*.

En fin, cosas sin importancia. El periódico local se limitó a decir que, con el nombramiento del nuevo *sheriff*, y a pesar de la buena voluntad de éste, los elementos indeseables de la ciudad de habían envalentonado. Esto solía ocurrir con frecuencia, en parte para probar la fuerza del nuevo representante de la ley y en parte para aterrorizarle. Pero en el caso de Robert E. Klem, los sucesos estaban tomando un desagradable sesgo.

No se trataba ya de luchar contra el hampa de Carson City, sino contra todos los indeseables de Nevada. Desde la muerte del último *sheriff* y la desaparición, en la práctica, de la milicia local, muchos pistoleros habían llegado a la ciudad para establecerse en ella, confiando en que durante mucho tiempo no habría allí verdadera ley. Y cuando Robert E. Klem dejó que le colgasen la estrella del pecho, tuvo que luchar sin nadie a su lado contra un hatajo de forajidos que doblaba en número a los que habitualmente residían en Carson City. Tal vez por eso sus primeras actividades constituyeron precisamente un éxito.

Durante ocho días consecutivos, Slim no apareció por la «casa del alegre francés». Permaneció día y noche en su despacho de Carson City, observando lo que ocurría a su alrededor y sin intervenir en nada. Esos días le sirvieron para identificar y aquéllos por cuya cuenta trabajaban los pistoleros y para estudiar una serie

de medidas que podían transformar la ciudad. Pensaba entregar un informe completo, junto con una relación de normas de conducta que podían serle útiles, al hombre que le sustituyese. Pues no le cabía duda de que la respuesta a la dimisión de su cargo había de llegar de un momento a otro.

Su prestigio en la población había crecido al saberse que él sólo exterminó a la banda de Mike Rotterdam, pero esa clase de popularidad no parecía gustar a Slim. Más bien diríase que la temía. Evitaba hablar de lo sucedido con cuantos le hacían preguntas relacionadas con ello, y cuando el director del periódico local le fue a visitar para preguntarle cómo había eliminado él sólo a los cuatro forajidos, se limitó a hablarle del tiempo y de lo instructivo que era contemplar cómo transportaban su alimento las hormigas.

Una comisión de vecinos, presidida por el *sheriff*, vino a visitarle. Deseaban saber si el Gobierno tomaría alguna medida extraordinaria para garantizar el orden en la ciudad, aun cuando fuera destacado un escuadrón de caballería, cuya sola presencia ya infundiría respeto. Slim contestó encogiéndose de hombros.

—Organicen de nuevo la milicia local.

—No es posible. Nadie quiere pertenecer a ella, dada la peligrosa situación que se ha planteado últimamente.

—Aumenten las consignaciones. Eso atraerá a pistoleros necesitados de dinero.

—Tendríamos que pagar mucho oro, Slim, para que un pistolero viniese a nuestro bando. Todos saben que pueden conseguirlo más fácilmente y con menos riesgos estando en contra de nosotros.

—Entonces… —Slim se cruzó de brazos—. Sólo queda una solución: nombren otro *sheriff*.

Se produjo un murmullo de excitación. Robert E. Klem se adelantó un poco hacia la mesa tras la que se encontraba sentado Slim.

—¿Se puede saber qué es lo que tiene usted contra mí, jovenzuelo?

—Sólo esto: a un hombre de su edad le conviene mucho más el cargo de director de la prisión.

Hubo nuevos murmullos. Aquella velada acusación de incompetencia lanzada contra Klem no había agradado a la mayoría, aunque todos pensaban que algo había que hacer. Y fue el

presidente de la Junta de Vecinos quien indicó:

—Hay que dar al *sheriff* un margen de confianza.

—Dénsela. Yo no digo que hagan lo contrario. Son ustedes los que han venido a preguntarme por una solución.

Robert E. Klem golpeó repentinamente la mesa con su puño derecho. Sus ojos despidieron fuego.

—Quiere usted que me acobarde y me vaya, ¿no es cierto, Slim? ¡Pues no lo conseguirá! ¡Pienso seguir en la ciudad hasta que la cambie y hasta que me maten! ¡Soy un hombre sin ambiciones políticas, pero ni usted ni cien como usted conseguirán que renuncie a la estrella!

Hubo un instante de embarazoso silencio. Todos los rostros estaban vueltos hacia Slim, que se había puesto en pie. Los ojos grises del agente especial brillaron peligrosamente por un instante, y los testigos de la escena creyeron que iba a contestar al *sheriff* con alguna frase de las que no pueden repetirse. Pero Slim vaciló, temblaron sus manos, y de repente pareció como si se hubiese acobardado. Volvió a sentarse en su sillón, abatido y sin querer mirar a los ojos del representante de la ley.

—Todo esto lo digo por su bien, *sheriff*. De sobra sabe que nunca debió haber aceptado este cargo. Retírese a vivir tranquilamente sus últimos años y deje que la ciudad la pacifique yo.

La frase hizo daño en los oídos de todos los presentes. Les pareció una frase cínica, hipócrita. La frase de un malvado que aspira a crearse una posición en la ciudad y a quien, en cierto modo, estorba incluso el viejo *sheriff*. Eso fue lo que pensaron inmediatamente la mayor parte de los que asistían a la reunión. Otros no comprendieron aquella frase.

Uno de los que no la comprendieron fue Howard, el presidente de la Junta de Vecinos.

—¿Tiene usted ambiciones, Slim? En tal caso, ¿por qué renunció a su cargo de agente del Gobierno federal?

—La zona de influencia federal es muy grande —comentó uno de los que creían haber comprendido la frase—. Nuestro amigo Slim se ha dado cuenta de que resulta muy difícil dentro de su esfera. En cambio, un pistolero puede adueñarse fácilmente de una ciudad como Carson City, donde el oro corre a raudales y donde todas las ambiciones de un hombre pueden ser saciadas. Debido a esto ha

presentado la dimisión de su cargo, y ahora está libre para ejercer dentro de la ciudad cualesquiera misiones que le confiemos. ¿No es cierto, Slim? ¿No son esos sus propósitos? Evidentemente, le agradaría ostentar el cargo de *sheriff*. Emplearía entonces los revólveres a más y mejor y se crearía en la ciudad un prestigio. De esto a dominarnos a todos nosotros, media tan sólo un paso.

Slim no se inmutó ante aquellas palabras, que eran una clara acusación. Se limitó a sonreír con expresión de fatiga, y luego miró a Howard. Pareció como si con las frases que pronunció a continuación a continuación hubiese decidido quitarse la careta.

—En efecto, me gustaría que me nombrasen *sheriff*. No tengo por qué negarlo. Confieso que cumpliría mi deber mejor que el honorable Klem, cuya buena voluntad nadie discute, y espero que todos ustedes los comprendan así también. Aún estamos a tiempo de remediar las cosas para evitar que esta ciudad se convierta en un auténtico infierno.

Howard se inclinó sobre la mesa de Slim y le soltó:

—¡Miserable!

—No es miserable el que dice la verdad —sonrió plácidamente Klem—. Creo que nuestro buen amigo Slim está tal vez un poco obcecado, pero cualquiera puede estarlo en estos malditos tiempos. Propongo que demos la cuestión por terminada y nos despidamos todos como buenos camaradas que somos.

Hubo un momento de indecisión. Dos de los más significados miembros del grupo miraron agresivamente a Slim.

—No es usted un cobarde. Eso es lo único bueno que podemos decir de usted. Por lo demás, nos parece un sujeto despreciable a quien sólo guía la más inconfesable y secreta ambición.

Slim se encogió de hombros.

—Piensen de mí lo que ustedes quieran.

Howard dio media vuelta, dirigiéndose hacia la puerta y los restantes miembros del grupo le siguieron. Sólo Robert E. Klem se quedó unos instantes rezagado, mirando al hombre que se sentaba tras la mesa.

—Gracias por su buena intención —dijo.

Slim le miró.

—No se fíe de su sangre, señor. La sangre engaña muchas veces. Y perdóneme si le he causado alguna ofensa.

—No me ha ofendido usted, Slim —sonrió Klem—. Buenas tardes.

Y salió también de la habitación, en seguimiento de los otros.

* * *

De toda esta conversación se enteró Judith, a pesar de que durante la última semana no había abandonado la «casa del alegre francés» por deseo expreso de Slim. Pero los rumores tomaron tal consistencia en la ciudad que pronto llegaron hasta sus oídos. Y lo primero que la muchacha pensó fue que Slim, efectivamente, aspiraba a un puesto político de importancia en Carson City, para lo cual necesitaba, en primer lugar hacerse con el cargo de *sheriff*.

Esto le causó un secreto y sordo dolor. Desde el fondo de su corazón amaba a Slim como jamás había amado a nadie, y le consideraba un ser perfecto del que ella no era digna por la sencilla razón de haber pertenecido a otro hombre. Saber que en su corazón podían también anidar la ruindad, la hipocresía y la ambición, le decepcionó hasta destrozar su espíritu. Y el hecho de que en todo aquello estuviese mezclado Robert E. Klem, el hombre que tan bien se había portado con ella, contribuía a hacer más amargas las cosas.

Durante todos aquellos días, Slim había preparado un plan para librar a la ciudad de indeseables, lo que reafirmó a Judith la convicción de que, efectivamente, el hombre a quien ella amaba, ansiaba el cargo de *sheriff*. Este plan, que Judith conocía bien por haber tenido que copiarlo, era muy flexible y tolerante para todos aquellos que quisieran cambiar de conducta. Pero se calculaba que había en la ciudad más de ochenta pistoleros a sueldo, verdaderos asesinos profesionales, y para ésos no había más ley que la del gatillo. Judith se extrañó sobremanera al saber que Farrell estaba considerado como un hombre de conducta sospechosa.

—¿Pero no erais amigos? —preguntó a Slim.

—Una de las obligaciones de tu trabajo consiste en no hacer preguntas, Judith. Lo siento, pero tiene que ser así.

—Está bien; prometo no volver a preguntar nada más.

Y así lo hizo. Ni Slim ni ella volvieron a hablar de sus sentimientos, pareciendo como si entre los dos se hubiese formado una barrera de hielo. Contribuía a ello el que Slim siguiese sin acercarse apenas por la «casa del alegre francés». Pasaba los días en

Carson City, como si esperase de un momento a otro, grandes acontecimientos. Y el primero de esos acontecimientos llegó.

Slim recibió un oficio anunciando que la dimisión de su cargo había sido rechazada. Debía continuar como delegado del Gobierno en la ciudad.

* * *

Mientras tanto, los actos contra la ley se multiplicaban.

Los grupos de pistoleros que habitaban en la ciudad podían obrar impunemente al saber que enfrente sólo tenían un hombre viejo, un *sheriff* sin agentes, sin milicia local y sin ayuda de ninguna clase. Robert E. Klem demostró que era valiente cuando siguió en su puesto contra viento y marea, a pesar de que era lo bastante rico para poder dejar todo aquello y comprarse unas magníficas posesiones en la costa de California. Pero cuando salió sólo a enfrentarse a los pistoleros, demostró que era mucho más que valiente, demostró que era un loco. Sostuvo una noche un tiroteo rabioso y mató a dos de ellos, siendo levemente herido. Y a pesar de estar convencido de que la próxima vez lo matarían, se negó a abandonar su puesto.

Tres noches después de la conversación sostenida en el despacho de Slim, el presidente de la Junta de Vecinos y otros dos hombres de alta significación de la ciudad, llegaron precipitadamente a la «casa del alegre francés». Sus rostros estaban pálidos, y se adivinaba que algo muy grave sucedía. Slim les recibió sin dejar de engrasar su revólver.

—¿Qué ocurre?

—Se trata del *sheriff* Klem —dijo Howard.

Slim se sobresaltó de tal modo al oír esto que todos tuvieron una sorpresa.

—¿Qué ocurre con él? ¿Acaso lo han matado?

—Falta muy poco para eso. Cinco pistoleros lo tienen acorralado en su oficina, y si alguien no acude en su ayuda inmediatamente, dudamos que pueda salir vivo de allí.

—¿Y por qué no le han ayudado ustedes? —saltó Slim—. ¿Se dan cuenta del tiempo que han perdido para llegar hasta aquí?

—Cinco minutos al galope. Ése es el tiempo que hemos perdido. Pero no hemos tenido más remedio que acudir a usted porque es la

única persona que puede salvarle. ¿Cree que hubiésemos conseguido algo tratando de reunir voluntarios por las casas?

Con dos secos movimientos, Slim revisó la carga de su revólver. Seis balas relucientes esperaban dueño dentro del cilindro. Casi treinta plomos aguardaban además su trágica hora en el cinturón canana.

—Voy a ir —anunció Slim—. Y crean que lamento volver a ser un pistolero.

Judith, que estaba presente, trató de cortarle el paso.

—¡No puedes hacerlo! ¡Será la última pelea de tu vida!

—Son cinco hombres —articuló Howard—. Cinco hombres contra usted solo, Slim, porque ninguno de nosotros nos atrevemos a luchar.

El agente les dirigió una sonrisa un poco lejana, como si ya de antemano disculpara su cobardía. Luego fue a salir, pero Judith le aferró un brazo.

—¡Sabes que te matarán!

—Muy bien —sus ojos otra vez volvían a ser grises, distantes, fríos—. ¿Y eso qué importa, muchacha?

Se desasió y abrió la puerta. Montó sin ensillar su caballo y partió al galope en dirección a la ciudad.

Disparos roncos como truenos retumbaban en ésta, lo que era indicio de que la lucha continuaba aún. Slim supo distinguir el restallido ululante de dos rifles. El *sheriff* estaba cercado por dos tipos que manejaban armas largas, como si se tratase de una batalla en regla. Cercado dentro de su oficina, y sin ayuda de ninguna clase, era imposible que lograse escapar. Lo extraño era que no hubiesen acabado ya con él.

La calle principal de Carson City, que era donde se desarrollaba la lucha, estaba desierta. Sólo los fogonazos crepitaban rápidamente donde la oscuridad de los porches, como único indicio de presencias humanas en aquel lugar.

Slim desmontó y se aproximó poco a poco. Sus espuelas resonaban cantarinamente en la noche, con cada uno de sus pasos.

—Es usted un valiente, Slim —ponderó a media voz Howard, mientras retrocedía—. Siento haber dicho que…

—No se preocupe por eso.

Otro de los que acompañaban a Howard fue más piadoso.

—Rezaremos por usted.

CAPÍTULO IX

Sí, sería necesario que rezaran por él.

Los dirigentes del hampa de la ciudad habían pagado a cinco hombres. Les habían llenado los bolsillos de oro y prometido mucho más si acababan con la amenaza que para ellos representaba el honrado *sheriff* Klem. Esos cinco hombres habían sido cuidadosamente escogidos entre los mejores tiradores de Carson City, y se daba por descontado que aniquilarían a su presa. Ni Klem podría escapar ni escaparía el loco que intentase ayudarle.

Slim siguió avanzando. Notaba que su boca estaba seca y que el pecho le hacía daño a causa de la rigidez de sus músculos, pero no sería el menor temor. Incluso hubiera podido decirse que no sentía absolutamente nada. Los pistoleros oyeron el ruido de sus espuelas y, desde la oscuridad, volvieron los rostros para mirarle. Le reconocieron enseguida.

—Es Slim…

—No hay duda de que viene a auxiliar al *sheriff*.

—Pero solo. ¿Estará loco?

Slim dudaba en aquel momento sobre cómo entrar en el combate, pues su conciencia le impedía hacerlo sin avisar a sus enemigos de algún modo. No sabía si amenazarles o disparar al aire, pero sus vacilaciones duraron bien poco. Al instante, una bala de rifle levantó un surtidor de polvo entre sus pies.

—¡Muere, estúpido! —barbotó un forajido.

Dos balas más aullaron en el aire. Slim, en un salto felino, se arrojó hacia una sombra de sombra, mientras el *sheriff* disparaba rabiosamente para tratar de cubrirle. Uno de los pistoleros, que se había confiado en exceso, recibió en pleno corazón una bala de Klem y se dobló para siempre sin lanzar un gemido. Slim,

entretanto, silueteado por las balas, había logrado llegar hasta uno de los porches.

—Ábreme, Klem…

El *sheriff* seguía disparando, pero entre dos detonaciones halló la forma de decir:

—Hay una ventana a mi izquierda. Puede saltar por ella. Pero si quiere un consejo, lárguese de aquí.

Slim no respondió, puesto que su propia voz hubiera podido delatar a sus enemigos la posición que ocupaba. Cautelosamente, se deslizó por la ventana, y un instante después estaba dentro de la oficina del *sheriff*.

Robert E. Klem disparaba desde una ventana cuyos cristales habían sido materialmente pulverizados por los balazos. Pero era lógico, no había luz en la habitación, pero aun así se distinguía en la pared frontera acribillada por los balazos. Al arrastrarse por el suelo, Slim palpó algo viscoso y caliente: sangre.

—¿Está herido, *sheriff*?

—Tenía una rozadura y ahora tengo otra. Total, nada. Acabaré con todos esos tipos antes de desangrarme.

Slim llegó junto a él. Lo palpó con ansiedad mal disimulada, tratando de buscar la situación de sus heridas. El *sheriff* se quejó.

—No sea salvaje, Slim; estoy herido en la pierna tan sólo. Y además no sé por qué diablos se preocupa usted por mí.

—Lo hago por simple deber de ciudadanía. ¿Cuántos tipos tiene ahí enfrente?

—Eran cinco, pero creo haber despachado a uno hace muy poco.

—Está bien, Klem. Trate de resistir mientras yo salgo al exterior. Quiero atacarle de flanco.

—¡Lárguese, Slim, y no vuelva!

—¡Me molesta que me hable con disimulos, Robert! ¡Me molesta que nos estemos tratando como dos negociantes que acaban de conocerse! ¡Quería cerciorarme por mí mismo de que usted era capaz de resistir un poco más; ahora que lo sé, saldré fuera y cumpliré con mi deber! Ya que no he podido despojarle de la estrella, al menos le ayudaré a conservarla.

Klem lanzó un gruñido. Iba sin duda a decir algo, pero en ese momento un nuevo huracán de plomo entró por la ventana, obligándole a callar.

Mientras el *sheriff* recargaba sus dos revólveres, Slim volvió a deslizarse hasta la ventana utilizada para entrar y salió por ella. La casi completa oscuridad que reinaba bajo el porche le protegía de una manera decisiva. Pero las balas silbaban a su alrededor de forma inquietante, y una de ellas le arrancó cabellos de la cabeza.

Sus cuatro enemigos se habían distribuido en abanico, y mientras dos de ellos, los de los rifles, mantenían un fuego constante contra la ventana, los otros dos se acercaban lentamente, uno a cada lado del porche. Iban vestidos de negro, pero Slim vio brillar sus revólveres tenuemente. Tragó saliva poco a poco.

—¡Cuidado, Harlan!

Conocía a uno de ellos por su forma de caminar, y le avisó. Le dio tiempo para que se arrojase al suelo, a pesar de que con su grito se descubría él mismo. El otro no fue lo bastante rápido y, al contrario, se quedó como petrificado durante unos instantes. Slim le atravesó la cabeza de una sola bala.

Pero estaba localizado ya, y no podía continuar ni un segundo más en aquel sitio. Dio rápidas vueltas sobre sí mismo, mientras las balas mordían la madera del porche. Nada en él brillaba, ni siquiera su revólver negro, y a eso debió el conservar la vida. Sus tres enemigos se dedicaron a acribillar la zona, en lugar de apuntar a un blanco definitivo. Slim se agazapó y trató de no respirar, de no pensar en nada. Si llegaba la muerte, resignación. La muerte llega para todos un día u otro.

Alcanzó con suaves movimientos una de las sillas que había en el porche y la arrojó a la calle. Las balas se concentraron sobre el nuevo y ridículo objetivo, y eso le permitió ganar unos segundos para deslizarse unos metros más allá, al encuentro del otro forajido, que también permanecía agazapado en el porche. Como dos gatos silenciosos, conteniendo ambos la respiración, se fueron aproximando uno al otro.

Se descubrieron de repente, cuando desde una de las casa partió un levísimo reflejo. Slim vio una fanática fiebre en los ojos de su enemigo, y vio también que ya tenía levantado el revólver. Disparó mientras apretaba los dientes, que produjeron un extraño chasquido. Un botón rojo se marcó en el frente del pistolero, quien aún pudo hacer fuego dos veces más por un movimiento reflejo. Las balas rozaron la cabeza de Slim y le produjeron un escalofrío.

Ojos ansiosos contemplaban aquella fantástica pelea desde todos los rincones de la calle. Los miembros honrados, pero cobardes, de la Junta de Vecinos se miraban sin comprender cómo Slim y el *sheriff* podían seguir vivos aún. En cambio, los que habían pagado a los pistoleros para realizar aquel «trabajo» lamentaban el desastre desde sus seguros escondites, pálidos de rabia.

Sólo quedaban dos hombres enfrente, los que manejaban los rifles. Slim se mordió los labios, hizo girar violentamente el revólver entre sus dedos y se puso en pie.

Echó a correr hacia el porche fronterizo.

Un alarido unánime de sorpresa y de horror partió de todos los lugares de la calle. Los rostros de los que estaban agazapados tras las ventanas sufrieron una sacudida. Y Judith, que había galopado hasta la ciudad guiada por su propio miedo, fue una de las que con más ansiedad gritó al darse cuenta de que Slim se suicidaba.

Pero el gesto del agente especial no era un suicidio, sino una maniobra dictada por su propia temeridad. Sabía que sus dos enemigos no esperarían aquella locura, y por eso la hizo. Además, sus armas largas no permitían una facilidad de movimientos tan grande como la de los revólveres, y cuando se diesen cuenta de lo que sucedía ya estaría sobre ellos. En eso confió.

Dos saltos bastaron para atravesar la calle. Apenas había tocado con los pies sobre el porche frontero. Uno de los rifles vomitó fuego, pero con demasiada precipitación. Slim se desplomó de bruces sobre las tablas, con el revólver por delante, casi a los pies de sus enemigos. Éstos trataron de bajar las armas mientras lanzaban una doble maldición. No llegaron a tiempo. Dos balas disparadas por el «Colt» calibre 45 de Slim cortaron sus movimientos en seco.

Los cinco hombres que el hampa de Carson City contrató para acabar con el *sheriff* yacían ahora sobre la calle en las más diversas posturas, y todos llevando impreso en sus rostros el rictus de la muerte. Sus manos ensangrentadas aún empuñaban las armas que nunca más volverían a utilizar.

Un verdadero tumulto se desencadenó entonces en la calle, apenas los ocultos espectadores se dieron cuenta de que habían cesado los disparos. Docenas de personas salieron de los lugares más insospechados, saltando desde las ventanas, descolgándose de los techos, asomándose por debajo de los bancos que había en los

porches… De repente pareció como si toda la ciudad hubiese brotado de la misma tierra. Lo que unos minutos antes era oscuridad y silencio se pobló de luces, de gritos roncos y de exclamaciones estentóreas. Slim fue materialmente levantado del suelo por docenas de manos que deseaban felicitarle. Guardó el revólver, se mordió los labios y trató, con una cortés sonrisa, de que le dejaran en paz. Pero de repente unos mórbidos brazos femeninos se enroscaron en torno a su cuello. Había en aquellos brazos una fuerza, un calor, una vehemencia tales que Slim se estremeció.

—¡Dios mío, Judith!

—¿Estás herido? ¿Te han alcanzado con alguna de las balas? —La voz de la mujer era ansiosa—. ¡Estás loco, Slim, estás loco y no tienes más amiga que la Muerte!

—Ya te lo dije una vez, Judith. Lamento no ser en el fondo más que un pistolero.

Las voces seguían aumentando en la calle, así como el número de antorchas y luces de todas clases que iluminaban la escena. Toda la atención de la ciudad se había concentrado en aquel sector de la calle, olvidando por completo el resto de la misma. Y sin embargo, cien yardas más allá se estaba fraguando un nueva e insospechada tragedia.

* * *

Acababa de salir el *sheriff* Klem de su oficina, tapándose con la mano la sangrante herida, cuando sonaron aquellos disparos.

Fueron tres solamente, pero produjeron una indescriptible confusión. La calle quedó nuevamente vacía en menos de diez segundos. Todos los individuos que tan valientes se habían mostrado al cesar el tiroteo, volvieron a saltar por las ventanas, trepar a los tejados y ocultarse bajo los bancos. Sólo Slim, el *sheriff* y Judith permanecieron en medio de la calzada.

—¿Qué ha sido eso, Slim?

—No estoy muy seguro, pero yo diría que esas detonaciones han sonado en el Harpers Bank. ¡Quizá alguien se ha aprovechado de este tumulto para iniciar un asalto en regla!

La suposición debía ser cierta, porque inmediatamente se oyeron dos disparos más. Y ahora ya no había duda de que habían sonado junto al Harpers Bank.

—¡Vamos allá!

La luna acababa de elevarse sobre el horizonte, y ahora sus rayos iluminaban la calle. Una claridad tétrica y lívida daba un aspecto fantasmal a las siluetas de los hombres. Con movimientos maquinales. Slim recargó su revólver y echó a andar. Robert E. Klem le siguió penosamente.

Los disparos habían cesado, aunque ahora se oía el galopar de numerosos caballos. Slim, sin poder dominar su impaciencia, echó a correr. Alguien disparó contra él desde una distancia de cincuenta yardas, sin alcanzarle. Y entonces vieron un grupo de unos jinetes que doblaban el recodo y se lanzaban al galope hacia el otro extremo de la calle. Alguien, desde un porche, hizo fuego, y unos de los animales rodó alcanzado, derribando a su dueño por tierra.

—¡Han asaltado el Harpers Bank! —chilló una voz.

—¡Cuidado! ¡Uno de ellos ha quedado atrás!

La curiosidad había podido más que el miedo, y así dos docenas de hombres seguían ahora a Slim y al *sheriff*. Judith iba casi pegada a los talones de éstos. Al acercarse más, todos pudieron ver a dos hombres, guardianes privados del Banco, muertos en medio de la calle, y al bandido cuya montura fue alcanzada, revolverse sobre el polvo pugnando por ponerse en pie.

Lo consiguió.

Era un hombre alto, hercúleo, cuyas manos asían férreamente las culatas de dos revólveres. Aun a aquella distancia, era visible bajo la luna de luz febril de sus ojos. No debía haber recibido ninguna herida, salvo las contusiones lógicas al caer del caballo, porque se movía con agilidad y no presentaba en sus ropas ninguna mancha de sangre. Al verle acercarse a Slim, el *sheriff* y los vecinos, rugió:

—¡Quietos…!

Por si alguien no había reconocido aún su rostro, la voz le denunció. Aquel hombre era Farrell.

—¡Quietos! —repitió—. ¡Quietos o los acribillo!

Ninguno de los miembros de la banda había vuelto grupas para auxiliarle, de modo que estaba completamente solo y en insostenible posición. Pero de todos modos llevaba dos revólveres cargados en las manos, y era evidente que no se dejarla prender sin enviar antes a uno cuantos hombres camino del valle de Josafat.

Las facciones del viejo *sheriff* Klem sufrieron una sacudida al ver a aquel hombre ante él.

—¡Entrégame! —gimió más que dijo—: ¡No puedes hacerme frente!

—¿Entregarme? ¡Hace falta estar loco para pedirme eso! ¡Atrás todos o empiezo a disparar!

El *sheriff* llevaba un «Colt» en la mano. Lo lanzó al suelo, produciendo una nubecilla del polvo. Y, desarmado y tambaleante, se aproximó al hombre que le aguardaba unos pasos más allá con dos revólveres a punto.

—¡No dé un paso más, *sheriff*!

Klem miraba a los ojos de Farrell.

—No podrás hacerme retroceder.

—¡No dé un paso más, *sheriff*!

La voz había partido ahora de otro lugar. Era Slim quien había pronunciado aquella frase, a espaldas del representante de la ley. Éste se detuvo un instante.

—No trate de detener a ese hombre, *sheriff*. Pregúntele tan sólo si ha matado a alguno de los guardianes.

Farrell escupió las palabras.

—¡No he matado a nadie!

—No comprendo esto… —susurró Klem.

—Lo comprenderá enseguida. Si ese hombre asegura no haber matado a nadie, podemos dar por cierta su afirmación. Déjele marchar, *sheriff*.

Un murmullo de estupor se escuchó a espaldas de los dos hombres.

—¡Está loco!

—¡No podemos dejar marchar a un forajido!

—¡Debemos ahorcarle ahora mismo!

Y una voz añadió rencorosamente:

—¡Slim le tiene miedo!

Una especie de nube parecía haber pasado por los ojos del agente, que evitaba mirar a Farrell. El *sheriff* también tenía los hombros hundidos y la mirada perdida en el polvo de la calle. Judith, asombrada, sin comprender, contemplaba con sus hermosos ojos muy abiertos a los dos únicos representantes que la ley tenía en Carson City.

¿Qué significaba aquello? ¿Por qué Slim pedía la libertad de aquel hombre? ¿Por qué le entregó nada menos que diez mil dólares unos días antes? ¿Y por qué el honrado *sheriff* Klem parecía abrumado al ver a Farrell ante él? Un vendaval de pensamientos pasó por el cerebro de Judith, torturándola, haciéndola sentir como si una sima de negrura se abriese de repente bajo sus pies.

—¡Slim tiene miedo! —repitió la voz.

El agente había enfundado el revólver. Klem miraba hacia otro sitio, mientras sus manos eran recorridas por nerviosos estremecimientos. Farrell empezó a retroceder poco a poco, sin dejar de apuntar a todos con sus revólveres.

—Voy a cruzar la esquina. ¡Si alguien se mueve lo aso!

Nadie se movió. Klem, que era quien tenía obligación de hacerlo, causaba la sensación de estar hipnotizado. Slim tenía las manos abiertas y lejos de sus revólveres. La muchedumbre que se había reunido tras ellos asistía, confusa y desorientada a aquella inexplicable situación. Nadie logró sobreponerse a la sorpresa para intentar detener a Farrell.

Éste seguía retrocediendo paso a paso, sin desviar una pulgada la amenaza de sus cañones.

De repente dobló la esquina, y entonces se oyó un grito.

Un grito de la multitud que reaccionaba al ver escaparse a su presa. Un grito de furia y de odio.

Pero ya Farrell se había apoderado de un caballo de los que había atados a los amarraderos y emprendía un galope furioso en dirección a la salida de la ciudad.

CAPÍTULO X

El primero que se encaró con Slim fue el banquero Harpers.

—¡Esto es una traición, Slim! ¡Usted ha dejado escapar a ese asesino!

Las mandíbulas del joven produjeron un seco chasquido al cerrarse.

—Farrell es muy buen tirador, ¿no lo sabía?

—¿Y qué importa si sabe tirar bien? ¡Éramos muchos contra él!

—Pero se habría derramado sangre. Mucha sangre. Y la única que en todo caso debe correr en la nuestra, Harpers —curvó los labios, como si la tristeza le dominase, como si a pesar de su edad y de su fortaleza no pudiese vencer su congoja—. ¡La sangre de mi padre y la mía!

Se produjo en la calle un murmullo de incredulidad, de asombro. Y ese murmullo se convirtió por instantes en un verdadero rugido. Rostros sudorosos y excitados se volvieron hacia Slim, cuyas facciones parecían ahora talladas en piedra. Manos ansiosas parecieron querer tocar a Robert E. Klem, cuyo rostro se había transfigurado de alegría y gratitud, y en cuyos ojos había aparecido un repentino brillo, como si también estuviese a punto de llorar.

—¡Esto es increíble! —rugió el banquero—. ¡Absurdo! ¡No comprendo cómo se les ha ocurrido gastar bromas en este momento!

Judith estaba tan pálida que parecía una muerta. Su corazón latía tan fuertemente que tuvo que apretarse ambas manos contra el pecho. Sentía en su cabeza un zumbido, como si se hallase a punto de desmayarse.

—¡No! —Logró modular, en voz tan débil que nadie llegó a oírla.

—Esto no es ninguna broma —replicó Slim—. Mi verdadero nombre es el de Fred Klem Slim. Y este hombre al que tenemos delante, el que no ha vacilado en jugarse la vida por ayudar a la ciudad, es mi padre. Podremos atestiguarlo documentalmente cuando sea preciso.

La noticia había sido tan inesperada y sorprendente que pocos eran ya los que se acordaban del fugitivo Farrell.

Un silencio absoluto se había hecho en la calle. Un grupo de hombres y mujeres rodeaba al agente especial y al *sheriff*, quienes se estaban mirando a los ojos con una expresión que era imposible descifrar, pero que reflejaba cariño, ternura y una especie de violencia. De repente sus manos se movieron, y las de uno estrecharon fuertemente las del otro. El silencio a su alrededor se hizo más espeso aún, hasta llegar a darles la sensación de que se encontraban aislados del mundo.

—¡Esto es inaudito! —Logró articular, por fin, el banquero Harpers—. ¡Usted, Slim, siempre había estado atacando al *sheriff* y diciéndole que debía abandonar su cargo!

—Lo hizo porque era demasiado peligroso para mí —aclaró Klem—. Cuando esa maldita violencia que llevo en la sangre me obligó a dejar mi cargo burocrático para aceptar una misión que sólo podía llevarme a la muerte, mi hijo trató de disuadirme. Y como privadamente no nos hablábamos, lo hizo empleando los medios que estaban a su alcance.

—Pero ¿por qué no se hablaban privadamente? —le interrumpió Judith con voz ansiosa, mientras se situaba entre los dos—. ¿Por qué me entregó usted aquella carta si… si…?

No podía continuar. Un tumultuoso tropel de ideas azotaba su cerebro.

—Yo era demasiado rico, y mi hijo no se resignaba a vivir a mi sombra y a tener todo hecho en la vida —musitó el *sheriff*—. Por eso marchó al Este, a fin de labrarse por sí solo un porvenir. Entonces no supe comprender cuánta nobleza habita en su gesto, y rompí con él. No me avergüenza reconocer públicamente mi terrible equivocación. No me avergüenza decir, para que lo sepan todos, que he sido un viejo estúpido y miserable, incapaz de conducir a mis dos hijos.

—¿Sus dos hijos? —susurró Judith, mientras una horrible

sospecha penetraba en su corazón—. ¿Y… quién es… el otro hijo?

Una palidez repentina había cubierto el semblante del viejo *sheriff*.

—Alguien que empezó robándome a mí primero para luego lanzarse por la senda del delito. Alguien que estaba muy satisfecho de que yo fuese *sheriff* porque creía que eso significaba para él la impunidad. Alguien que ha aprovechado el tiroteo para asaltar el Banco más importante de la ciudad… —Su voz se había quebrado pero continuó—: Una persona que llegó a aceptar diez mil dólares de mi hijo Fred, con la condición de marcharse de aquí y emprender una nueva vida, vanagloriándose luego ante mí de haberle engañado… ¡Una persona a quien habéis visto y que es conocida bajo el falso nombre de Farrell…!

* * *

Judith sintió un angustioso vacío en el pecho, mientras se nublaban repentinamente sus ojos. En un momento comprendió todo; comprendió el interés de Slim por evitar que su padre, el *sheriff*, se enfrentase a su otro hermano, el proscrito, comprendió lo de los diez mil dólares de aquella noche, el por qué de haberse negado Slim a disparar contra Farrell… Lo comprendió todo, y una emoción que en lugar de ser dulce le desangraba el corazón, se adueñó de ella. Logró apoderarse de una de las manos de Slim y fue a llevarla contra su pecho. Pero en el mismo instante de hacerlo se arrepintió, porque Slim, el hijo de Robert E. Klem, jamás sería para ella.

—Ahora hay que capturar a Farrell —dijo Klem, con voz lenta y sorda, mientras el dolor ahogaba el brillo de sus ojos—. Pero he de hacerlo yo solo, porque nadie más debe derramar sangre por su causa.

—Farrell está unido a una bando —arguyó Slim—, y esa banda no puede ser sino la que ha logrado organizar Mike Rotterdam. Tú solo no lograrías más que sacrificarte inútilmente. Yo iré contigo.

—¡Iremos todos! —gritó Harpers—. ¡Ya es hora de que las gentes honradas de Carson City empecemos a enseñar las uñas! ¡Ya es hora de que esto deje de ser coto seguro para todos los indeseables de Nevada!

Un griterío unánime coreó estas palabras. Docenas de hombres

corrieron en busca de sus caballos, mientras el aspecto de la calle cambiaba en un instante. Una verdadera tempestad de polvo se levantó alrededor de Klem, su hijo y Judith, que quedaron solos antes de que pudieran hacer un ademán de protesta.

—Debemos ir nosotros —dijo Slim. Nosotros solos. ¡Y no hay un momento que perder, si queremos conseguirlo!

Los dos hombres corrieron hacia la esquina por la que poco antes huyera Farrell, sabiendo que allí había varios caballos amarrados. Judith fue tras ellos.

—¡Quédate aquí! —gritó Slim—. ¡No puedes seguirnos!

Pero la muchacha ya había montado ágilmente sobre un caballo. Se colocó a su altura y les miró con inquebrantable firmeza.

—Impedírmelo con el revólver. Sólo así os obedeceré.

Slim iba a contestar, pero en ese momento algunos vaqueros retrasados que habían ido en busca de sus rifles doblaron la esquina para apoderarse de sus caballos. Slim comprendió que no podía perderse más tiempo y espoleó a su montura. No pudo evitar que Judith le siguiera en su rabioso galope.

Al oeste de la ciudad comenzaba la pradera, que se extendía durante unas dos millas hasta alcanzar un pequeño círculo de montañas. Parecía indudable que el fugitivo había buscado refugio allí, donde tal vez tuviera determinado reunirse con el resto de la banda. Y en esa dirección fueron los dos hombres y la mujer que les seguía.

Cuando llegaron a un estrecho cañón entre las montañas, sus caballos habían aminorado ya algo la velocidad de su galope, pero aun así tuvieron que frenarlos para que no se estrellasen con las rocas. La luz de la luna llegaba dificultosamente hasta allí, haciendo que avanzasen entre espesas sombras. Slim, que iba delante, oyó un «tic» a su espalda, señal delatora de que el *sheriff* había amartillado su revólver.

—Éste es el lugar ideal para las sorpresas —indicó Klem.

Y, en efecto, lo era. Cuando desde lejos, comenzaban a llegar hasta ellos los imprecisos rumores de la tropa que avanzaba al galope, un sonido mucho más cercano y peligroso, el de dos rifles restallando entre las rocas les hizo detenerse.

—¡Cuidado! —gritó Slim.

Era ya tarde. Las balas se habían clavado entre las patas de los

caballos, como un aviso, pero cinco hombres, entre los que se contaba Farrell y Mike Rotterdam, les apuntaban ya con armas largas desde distintos refugios.

—¡Quietos u os abrasamos!

Era indudable que podían cumplir su amenaza. Slim, con una seca sonrisa, alzó el primero los brazos, siendo imitado por el *sheriff*. En el fondo habían buscado aquella encerrona, de modo que no se sorprendieron ni perdieron su valor ante la presencia de los rifles. Pero sólo perdió Judith, al notar posada sobre su cuerpo la mirada taladrante de Mike Rotterdam.

—Me habéis traído un regalito —dijo éste sonriendo. Miró a los suyos—. ¡Vamos! ¡Descerrajad un balazo a cada uno y matad al caballo de la chica! Tengo con ella una cuenta que arreglar… y la voy a arreglar del modo que ella más odia… ¡a besos!

Judith se estremeció.

* * *

—¡Canalla! ¡Haré que Slim me atraviese de un balazo antes de volver a ser tuya!

—¿Sí? ¡Pues encárgaselo ahora, porque no pienso darle mucho tiempo!

En efecto, los forajidos alzaban ya sus armas. El *sheriff*, con una triste y lejana sonrisa, miró al que se hacía llamar Farrell, y el cual le estaba apuntando con un revólver en cada mano.

—Adiós, hijo. Nuestra intención era tratar de buscar una salida para ti. Pero si crees que estorbamos en tu camino, dispara. Que Dios te perdone.

—¡Fuego! —rugió Rotterdam.

Y sonaron detonaciones. Pero no la de los rifles, sino la de los revólveres de Farrell, que había disparado apretando los dientes como una fiera que va a saltar. Los dos hombres que iban a servir de verdugos cayeron hacia atrás con dos horribles agujeros rojos abiertos en sus frentes.

—¡Tú, perro…! —rugió Mike.

Disparó antes de que Slim pudiera evitarlo. Su bala alcanzó a Farrell en el cuello, haciéndole caer desde la roca con un angustioso alarido. Su padre, ciego de dolor, olvidándose del peligro, saltó del caballo y corrió hacia él.

Quedaba un forajido, pero de éste se había ocupado Slim. Un solo centelleante movimiento de su derecha le bastó para «sacar» y disparar, dando la sensación de que lo había hecho todo a un tiempo. El bandolero soltó su rifle, y cayó de bruces sobre la roca, con un agujero entre las cejas. Mike Rotterdam hizo fuego también en ese momento, pero Slim se había arrojado al suelo inmediatamente después de apretar el gatillo. La bala solamente le rozó. Y entonces Mike, que tenía ya los revólveres levantados, apuntó fríamente a Judith.

—¡Me harás un favor…! —jadeó ella.

Pero Slim había movido ya su «Colt 45». Una bala atravesó la pierna derecha de Rotterdam, haciéndole vaciar y caer aparatosamente del caballo. En ese momento, la tropa formada por los voluntarios de Carson City entraba ruidosamente en el desfiladero. Mike Rotterdam aulló como un perro, sintiéndose perdido.

—No temas —bramó Slim—. ¡He de ser yo quien te mate!

—Se crees que Judith va a ser tuya… —barbotó el bandido, sordamente—, estás equivocado… La acribillaré yo antes de morir.

Judith se había dejado caer de su caballo y se deslizaba en este momento en busca del revólver de uno de los caídos. Los jinetes que habían entrado en el desfiladero se detuvieron a una enérgica señal de Harpers, que iba en cabeza.

—¡Quietos! —rugió Slim—. ¡Ese hombre es mío!

Mike se había levantado, bamboleándose, con los dos revólveres todavía a punto. Una mirada de fanático odio, despedida por sus ojos, envolvió a su enemigo. Resollaba entrecortadamente, con la mandíbula colgante.

—Vamos a ventilar nuestros asuntos en duelo personal —indicó Slim—. Pido a todos que no te maten si logras vencerme.

—¡Te venceré! —Ladró Mike—. ¡Te venceré y volveré a apoderarme de Judith! ¡Enfunda tu revólver!

Slim lo hizo, con un seco movimiento. Mike Rotterdam le imitó, pero con más lentitud y sin dejar de empañar las culatas.

—¡«Saca»! —barbotó Slim.

En realidad no hacía falta aquella orden, porque Mike estaba «sacando» ya. Sus dos revólveres salieron a la luz cuando Slim, con una alucinante rapidez, disparaba contra él. Todos experimentaron

una sacudida al ver la increíble velocidad con que había «sacado». La bala atravesó a Mike en el vientre, haciéndole doblarse antes de poder apretar los gatillos. Slim disparó la bala que había de ser definitiva, o al menos esa intención tuvo. El percutor golpeó sobre una recámara vacía, produciendo el característico «clic». ¡Las municiones del «Colt 45» de Slim se habían agotado ya, y no tenía tiempo de reponerlas!

Mike Rotterdam, desde el suelo, mientras una mueca de odio deformaba sus labios, le estaba apuntando ya. Se apoyó sobre los codos y escupió más que dijo:

—¡Yo maté al hermano de Judith! ¡Quiero que sepas eso antes de morir! ¡Quiero que sepas también que ella es honrada, porque creyó casarse conmigo legalmente! ¡Y es una mujer muy hermosa! ¡Ah, qué diabólicamente hermosa! ¿No te duele, Slim, saber todo eso y tener que separarte de ella porque pronto vas a besar a la muerte?

Lanzó una diabólica carcajada e hizo fuego. Slim no se había movido, prefiriendo recibir el plomo cara a cara. Pero inverosímilmente, las balas de Mike Rotterdam no le alcanzaron. Salieron disparadas a ras de tierra y arañaron inútilmente el polvo. El forajido abrió la boca, con una mueca de increíble estupor, cuando una bala penetró entre sus cejas y se alojó para siempre en el fondo de su cráneo. Lanzó un estertor sordo, breve, y cayó del todo sobre el polvo. Su último suspiro agitó unas partículas de éste.

Todos los rostros se volvieron entonces hacia Judith, cuyas mejillas estaban surcadas por lágrimas amargas. Judith, la joven que ya nada esperaba de la vida, la que lo había perdido todo menos la ilusión de amar, la que por amor había sido capaz de atravesar la cabeza de un hombre. Todos los ojos se posaron en ella, y entonces la muchacha soltó el revólver, se llevó ambas manos al rostro y dejó que se desatara su llanto.

Slim avanzó hacia ella lentamente, en medio de un silencio sepulcral. Prendió las manos de la muchacha y las apartó de su rostro. Las apartó para besarlas una tras otra.

—¡Déjame! —gimió ella desesperadamente, atormentada por el dolor—. ¡No debes amarme! ¡Nunca podrás amar a una mujer como yo!

—Te amo desde el mismo momento en que te vi.

La atrajo hacia sí y apoyó la cabeza de la muchacha contra su pecho, dejándola que llorara quietamente. Klem, en ese momento, se acercó. Sus hombros estaban hundidos y parecía diez años más viejo.

—Tu hermano ha muerto… —susurró, mirando al suelo—. Lo ha hecho en mis brazos y pidiéndome perdón. Su único consuelo era saber que nos había salvado la vida.

Una nube pasó por los ojos de Slim. Sus dientes entrechocaron y por unos instantes pareció como si fuese a echarse a llorar.

—¿Le has cerrado los ojos, padre?

—Sí, con mis propias manos.

—Debemos llevarlo a Carson City y enterrarlo bajo una lápida. Quiero que esa lápida tenga una inscripción que diga: «A pesar de todo fue un valiente».

—«A pesar de todo fue un valiente» —rezó el *sheriff*—. Juro que así se hará.

Él mismo levantó sin esfuerzo aparente el cadáver de su hijo y lo cruzó sobre la silla de uno de los caballos. Slim lo amarró, mientras hacía esfuerzos para contener su emoción. Luego tomó las riendas al animal y echó a andar. Todos se apartaron para dejarle paso, como a un cortejo fúnebre.

Pero Slim sólo llevaba ocupada una mano para sostener las riendas del caballo. La otra colgaba, indolente y sin fuerzas, junto a un costado. Y entonces otra mano pequeña, fina, suave, buscó refugio en la suya.

Sonrió débilmente al ver a Judith, mientras sus ojos se abrían a la luz de una nueva esperanza. Judith le sonrió a él.

—Creo que voy a necesitar a partir de ahora una vida más reposada —susurró Slim—. Creo que voy a necesitar una mujer… y tener una hija.

—Ella es inocente —musitó Judith—. Nunca debe saber el suplicio en que ha consistido la vida de su madre.

—Nunca lo sabrá. Yo voy a ser su padre ahora. Un padre de muy mal genio, pero soportable al fin. Lo peor será el abuelo, ¿no es cierto, flamante *sheriff*?

Los dos se volvieron hacia Klem, quien sonrió también, y hasta logró que la dicha venciera el dolor para guiñar pícaramente un ojo.

—¡No le dejaremos ver un revólver! —decretó.

La herida de Slim se había abierto y volvió a sangrar, así como la de Klem. Uno de los dos que iban detrás señaló el reguero que éstos dejaban sobre el polvo.

—¡Hum! ¿Cubrimos esto? Ir dejando un rastro así me parece un mal presagio…

—No —respondió otro—. No debemos cubrirlo. Es sangre de valientes, y el rastro que ella deja siempre conduce a la felicidad y al bien.

FIN